

HISTORIAS PARA RECORDAR



DORYS RUEDA
NANCY CARRILLO

Historias para recordar

Dorys Rueda

Nancy Carrillo

Edición general: Dorys Rueda

ISBN: 978.9942-51-266-6

Derecho de las autoras: QUI-067256

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de sus autoras.



DEDICATORIA

A las mujeres de mi familia

A mi hermana y mis sobrinas, quienes, con su ejemplo y dedicación, han enriquecido mi vida.

Este libro está dedicado a su legado de fortaleza y coraje.

Dorys Rueda

A todos mis lectores con quienes comparto estas vivencias, que de algún modo sé que también son las tuyas.

Nancy Carrillo

CONTENIDO

PRÓLOGO	1
MI PRIMER CASTIGO	2
MI FANTASMA FAVORITO	7
MI PRIMER CORTE DE CABELLO	10
PIPA	13
DOS NOMBRES, DOS ENTORNOS	18
LA DIABLADA PILLAREÑA	22
LA GYMCANA	25
RECORDANDO A LA TÍA LAURA	28
EL HORÓSCOPO	32
EL MANGO ROTADOR	36
LA MANIFESTACIÓN	42
MARGARITA	46
LAS CARTAS	49
TAICHÍ	52
LA FUENTE DE LOS DESEOS	55
MI PRIMER EMPLEO	59
CUANDO EL AMOR SE CONECTA EN LÍNEA	61
EN EL AREOPUERTO	64
EL DUENDE DEL HOSPITAL	67
JOAN MANUEL SERRAT	71
RESEÑA DE LAS AUTORAS	74
DORYS RUEDA	74
NANCY CARRILLO	76

PRÓLOGO

Las historias son como los recuerdos, esos que a veces nos parecen perdidos en el tiempo, pero que, al ser contados, cobran vida de nuevo. A lo largo de nuestras vidas, todos tenemos relatos que, aunque parezcan pequeños o comunes, llevan consigo una gran carga emocional. Son esas historias las que hemos reunido en este libro, *Historias para recordar*, porque creemos firmemente que son las que nos definen, las que nos enseñan, las que nos unen.

Esas historias son como un puente entre generaciones, entre amigos, entre personas que, sin importar cuán lejanas estén, comparten una misma esencia. A través de este libro, nos hemos propuesto rescatar los momentos, las vivencias y las enseñanzas que se encuentran en cada rincón de nuestras memorias. Queremos recordar lo que, en ocasiones, olvidamos por la rutina, por la velocidad con que avanza la vida.

Lo que encontrarán en estas páginas son relatos que trascienden el tiempo, que evocan emociones profundas y que nos invitan a reflexionar. En cada historia hay algo de nosotras, un reflejo de nuestras propias vivencias, un pedazo de esa nostalgia que nos une a todos. Al escribir, descubrimos que, más allá de las palabras, lo que nos conecta es ese hilo invisible que es el recuerdo.

Y es que recordar no es solo revivir el pasado; es entenderlo, aprender de él y reconocerlo como una parte vital de nuestra historia personal y colectiva. Las historias que aquí compartimos son testamentos de momentos que, aunque fugaces, marcan nuestra vida de maneras que a veces no podemos explicar con facilidad, pero que, al ser leídas, nos llegan al corazón.

Esperamos que, al sumergirse en estas páginas, puedan sentir la calidez de esas vivencias, la fuerza de los recuerdos y la emoción de descubrir que, aunque el tiempo pase, hay historias que nunca se olvidan.

Dorys Rueda

Nancy Carrillo

MI PRIMER CASTIGO

Dorys Rueda



A los 3 años, aunque algo temprano, asistía ya al Jardín de Infantes “31 de Octubre” en Otavalo, un lugar donde mi mayor desafío era sobrevivir a las tentaciones de los crayones. Mi misión era recordar constantemente que “los colores se usan en el papel y no en la boca”. Pero, siendo sincera, la tentación era fuerte y a veces me encontraba mirándolos como si fueran pequeñas golosinas, pero me armaba de coraje y me concentraba en no hacer de mi boca una obra de arte comestible.

Pero ese no era el único obstáculo en mi vida escolar. Otro de mis grandes desafíos era... ¡la goma! Ese misterioso líquido transparente que, para mí, era como un tesoro escondido, esperando ser descubierto. ¿Qué tan pegajoso podía ser? Bueno, eso solo lo entendí cuando me empapaba los dedos. De repente, todo a mi alrededor se convertía en blanco de mi "creatividad": las hojas, la mesa, mi ropa y hasta mi cabello.

Otro desafío era lavarme las manos. Para la mayoría de los niños, era un proceso sencillo: un poco de agua, jabón y listo. Pero para mí, cada vez que llegaba el momento de lavarme las manos, se convertía en toda una aventura épica. El jabón era de barra, lo que hacía la tarea un poco más complicada. Al principio, intentaba frotarlo con mis manos, pero el jabón se deslizaba como si tuviera vida propia y, en un abrir y cerrar de ojos, se caía al piso. Ahí empezaba la búsqueda frenética: ¿dónde había rodado? Lo seguía por todos lados, sin importar si me mojaba aún más. Y cuando por fin lo recuperaba, parecía que el jabón estaba decidido a escapar una vez más, deslizándose por el lavabo.

Entonces, en lugar de simplemente frotarme las manos, comenzaba a moverlas de un lado a otro como si estuviera en una competencia de baile. Claro, el resultado era siempre el mismo: el lavabo se inundaba, el agua salpicaba por todas partes, y yo quedaba atrapada, con el jabón de barra desapareciendo y reapareciendo de nuevo en el lugar más inesperado. ¡Una misión fallida tras otra, pero de lo más entretenida!

En el recreo, la diversión era mi misión número uno. Una de mis especialidades era saltar la cuerda, siempre intentando no tropezar mientras giraba a mi alrededor como un torbellino. Pero mi habilidad secreta, la que realmente dominaba, era jugar con tierra. No sé por qué, pero algo en ese polvo marrón me atraía como un imán. En un abrir y cerrar de ojos, mis manos, mi cara e incluso mis zapatos estaban completamente cubiertos de tierra. Me convertía en un pequeño monstruo de barro, con la sonrisa más satisfecha del mundo.

Lo mejor, sin embargo, era el regreso al aula, cuando la señorita me veía entrar, cubierta de tierra de la cabeza a los pies. Su expresión era una mezcla entre sorpresa y resignación. Con un suspiro, me llevaba al baño. "Debes lavarte las manos y la cara", me decía y como si eso no fuera suficiente, me advertía: "¡Pero no te ahogues en el lavabo!"

Todos sabíamos que estaba prohibido salir solo y eso aplicaba tanto para mí como para todos mis compañeros del Jardín de Infantes. ¡Nadie salía sin supervisión! Sin embargo, había algo en el aire ese día que me decía que algo distinto iba a ocurrir.

La puerta se abrió, pero en lugar de ver a alguien que viniera a recogerme, vi algo mucho más tentador: ¡una oportunidad de escapar a casa sin compañía! Como vivía cerca,

pensé: “Si salgo corriendo ahora, llego a casa antes de que alguien se dé cuenta.” ¡Y vaya que estaba decidida! Así que, sin pensarlo dos veces, salí disparada como si fuera una atleta en plena carrera.

Con una sonrisa de satisfacción, empecé a caminar por la avenida Modesto Jaramillo, en dirección al antiguo Mercado 24 de Mayo, donde quedaba la casa de mis padres. Pero justo cuando pensaba que ya estaba a salvo y cerca de la meta, algo en el cielo llamó mi atención. Una cometa. No una cometa cualquiera, sino una bellísima, flotando en el aire como si estuviera saludándome personalmente. No pude resistirme. Era como si la cometa estuviera diciendo: “¡Sigue mi rastro, ven a mi encuentro!” Y, claro, decidí seguirla.

Mis pies, como si tuvieran voluntad propia, comenzaron a desviarse del camino. En lugar de seguir la ruta segura hacia casa, me vi atrapada en una carrera detrás de la cometa, que parecía burlarse de mí con cada giro. Cada vez que pensaba que estaba tomando la ruta correcta, mis pasos me llevaban por una calle desconocida, como si la ciudad misma estuviera cambiando su mapa solo para darme un poco más de emoción.

Y ahí estaba yo, corriendo con todas mis fuerzas, completamente hipnotizada por los colores brillantes de la cometa que danzaban en el cielo, como si me estuvieran invitando a unirme a una fiesta celestial. Cada vez que pensaba que finalmente iba a alcanzarla, la cometa, con una agilidad impresionante, realizaba una maniobra evasiva y se alejaba aún más, dejándome atrapada en una mezcla de emoción y frustración. Era como si estuviera persiguiendo algo que solo existiera en mis sueños, algo tan fugaz y mágico que nunca podía llegar a tocarlo, pero que me mantenía corriendo sin descanso.

De pronto, en medio de mi frenética persecución de la cometa, me detuve en seco. Fue como si un telón invisible se hubiera levantado de golpe y me dejara ver la realidad: todo a mi alrededor me era completamente desconocido. Las calles, que antes me parecían tan familiares y seguras, ahora se veían diferentes, casi como si estuviera en otro lugar, perdidas en una ciudad ajena. Mi mente, que hasta ese momento estaba totalmente absorbida por la emoción de la cometa, se aclaró en un instante. No sabía dónde estaba, no tenía idea de cómo había llegado allí, ni cómo volver a casa.

El sentimiento de desorientación me golpeó de inmediato, como si me hubieran lanzado un cubo de agua helada. Me quedé allí, en medio de la calle, mirando a mi alrededor como un animalito perdido, con las manos temblorosas y la respiración agitada. Las casas eran diferentes, las calles habían cambiado en un parpadeo y la cometa, que antes había sido mi obsesión, de repente dejó de existir. Ahora, lo único que deseaba con todas mis fuerzas era encontrar el camino a casa. La desesperación me invadió como una ola gigante. ¿Cómo había llegado tan lejos? Sin darme cuenta, un par de lágrimas empezaron a deslizarse por mi rostro. En ese momento, la imagen de mi madre me hizo sentir aún más pequeña y perdida. Lloré con más intensidad.

Justo en ese momento, sentí una mano en mi hombro. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con Susy, mi nana, que en un acto digno de una superheroína, había salido a buscarme por toda la ciudad cuando no me encontró en el Jardín. No dijo nada, solo me levantó en brazos como si fuera una pluma y, con una dulzura infinita, me llevó de vuelta a casa. Yo, entre aliviada y avergonzada, me aferré a ella como si fuera mi salvavidas.

Pero lo bueno llegó cuando finalmente llegamos a casa. Al verme, mi madre, que había estado en reposo absoluto debido a su embarazo, me abrazó con esa calidez que solo una madre sabe dar. Un abrazo que me devolvió el aliento y me hizo sentir que todo estaba bien. Pensé que todo había pasado, que había pagado el precio de mi pequeña escapatoria y que lo que seguía sería solo cariño y mimos. Pero, claro, mi madre, que no solo era la reina de la paciencia, sino también de la disciplina, tenía algo más en mente.

Sin previo aviso, me dio el primer golpe de mi vida. Una nalgada que resonó en el aire como un tambor, un sonido tan fuerte que estoy segura de que todo el barrio lo debió haber escuchado. Me quedé petrificada, como una estatua, sin saber si debía reír o llorar. “¡Para que aprendas a no desaparecer nunca más sin avisar!”. me dijo mi madre, sin levantar la voz, como si se tratara de una simple instrucción, no de una sentencia de vida. Luego, como si fuera lo más natural del mundo, añadió con rostro serio: “Nunca más las aventuras sin rumbo”.

Ahí estaba yo, frotándome la parte dolorida con la mirada perdida, entre la sorpresa y el arrepentimiento, pero al mismo tiempo invadida por una extraña y reconfortante sensación de alivio, como si el peso de la incertidumbre se hubiera aligerado. Susy, al

verme tan confundida y ensimismada en mis pensamientos, no pudo evitar una sonrisa que iluminó su rostro. Con ese tono bromista que siempre la caracterizaba, me miró y dijo: “Si alguna vez decides embarcarte en una aventura, me llevas contigo. Así, al menos, podremos comprar un mapa a tiempo para no perdernos y, tal vez, evitar que te den una futura nalgada”.

En ese momento, pensé: “¡Vaya forma de aprender que no todas las carreras valen la pena y que el jardín de infantes no es el único lugar donde se deben seguir las reglas!”. La nalgada, aunque sonora, me dejó una lección clara, como si me la hubieran escrito en letras gigantes: nunca más debía correr tras una cometa sin saber a dónde iba. Y si alguna vez la curiosidad me arrastraba hacia nuevas aventuras, me aseguraría de tener compañía.

MI FANTASMA FAVORITO

Nancy Carrillo



Mi madre, las tías y las empleadas, saturaron mi imaginación con cuentos de brujas, aparecidos y duendes durante toda mi niñez. Los hermanos, los primos y los inquilinos no sabíamos entonces, que ese miedo intenso correspondía a la adrenalina, la hormona que casi se agota en esos días. Sufríamos al máximo ante un mundo extraño, feo y malo por supuesto, destinado a los niños que no se portaban bien, desobedecían, no estudiaban y esencialmente no rezaban.

Algunos cuentos eran realmente espantosos, con diablos y almas en pena, que no nos permitían vivir con tranquilidad, bajo pena de encontrarlos por ahí en algún momento, especialmente si habíamos fallado en el cumplimiento de nuestras obligaciones o albergábamos algún mal sentimiento. Es más, los primos mayores se encargaban de asustarnos especialmente en las noches de luna llena y cuando se iba la luz, en esa época

no existían las hidroeléctricas, o yo no las había escuchado, tampoco se hablaba de transformadores que aliviaran los cortes de luz.

Mi fama de niña aplicada nació en la escuela, mis notas eran excelentes con el total beneplácito de mis padres que, desde entonces, muy desatinadamente me pusieron de ejemplo de los hermanos más pequeños, los amigos y hasta los vecinos. Aprendí desde entonces que permanecer en el pedestal de la fama tenía sus renunciaciones y, cuando el tiempo no me permitía terminar las tareas en la tarde, pedía a mi madre que me despertara en la madrugada, así fresca y en absoluto silencio repasaba mis lecciones.

Una madrugada, en tiempo de exámenes, pedí a mi madre despertarme a las cinco, pero ella no sé si por equivocación o porque creía que dos horas no eran suficientes me despertó a las tres.

Con el sueño titilando en mis pestañas, tomé un chal, el libro, una regla, la pluma y un cuaderno, me dirigí al comedor, un lugar espacioso, con una pared entera de vidrio, una mampara, con maceteros de hermosas orquídeas y una buganvilla enorme que rodeaba una esquina y subía al tumbado.

No había caminado cuatro pasos cuando vi en el vidrio una sombra con una cabellera horrorosa de reflejos rojos, arrastrando una tela, con una pluma en la oreja y con algo en la mano que parecía un cuchillo, no grité porque el susto me quitó el habla, a medida que caminaba la sombra me seguía, el pelo alborotado me impedía verle la cara y no quería hacerlo porque estaba horrorizada. Me senté en la primera silla y la sombra igualmente se sentó, para esto ya el corazón me latía a cien por hora.

Esperé unos momentos, cerré los ojos y empecé a rezar sin concluir ninguna oración, quise pararme para volver a mi cuarto y me caí de la silla, desbaraté un macetero y entonces pude ver cara a cara al famoso fantasma. Era yo asustada y despeinada, con una rodilla sangrante, el cuaderno sucio y la regla que aún la sostenía.

Sentí una mano en mi hombro y otra vez el alma al cielo, casi muero, pero escuché la dulce voz de mi madre que me decía, qué pena te asusté; se había despertado con el ruido y acudía a ver qué pasaba.

No le conté este episodio para que no supiera todos los sacrificios que una pobre niña hacía para no defraudarle y para no perder la fama ganada a puro estudio y cumplimiento.

MI PRIMER CORTE DE CABELLO

Dorys Rueda



No solemos recordar nuestro primer corte de cabello, pero el mío está tan grabado en mi memoria que parece haber ocurrido ayer mismo, como si el tiempo no hubiera pasado. Tenía solo 5 años y una melena larga, densa y negra, que mi madre veía cada mañana como un desafío. Lo que para mí era una hermosa corona de cabello, se había convertido en un verdadero dolor de cabeza para ella. Peinarme no era solo un acto cotidiano, sino una especie de deporte extremo. Cada mañana, cuando el peine se acercaba, comenzaban los tirones dolorosos, seguidos de llantos, quejas y miradas de desesperación que surgían sin que pudiera evitarlo. ¡Era una auténtica tortura!

Mi madre, con la paciencia de un santo, ya me había advertido en numerosas ocasiones que el temido corte de cabello estaba por llegar. Con su tono sereno, me insistía que era lo mejor para mí, pero yo, como toda niña que prefería aferrarse a su propio mundo de negación, respondía con firmeza: "¿Cortar mi cabello? ¡Jamás!" Lo decía con tanta

vehemencia que, antes de que mi madre pudiera decir una sola palabra, ya me había escapado, corriendo a toda velocidad.

Un día, mi reinado de trenza y cola de caballo llegó a su fin. Mi madre, con una calma imperturbable, me condujo al baño y cerró la puerta con tal firmeza que dejó en claro lo inevitable. "Es hora de cortar ese cabello", dijo, como una sentencia irrevocable. Yo, aterrada, me aferré a mi trenza como si fuera la última cuerda salvavidas en medio de un naufragio, convencida de que, al soltarla, todo se desplomaría. Mi madre, con una mirada amorosa, me explicó que lo hacía por mi bien. Y sin dar lugar a objeciones, me reveló la verdadera razón detrás de su decisión: no quería que el "duende" que habitaba en la antigua Fábrica La Joya, ahora abandonada, me raptara.

La Fábrica, ubicada en el barrio La Joya en Otavalo, con el paso de los años, se había transformado en una estructura desmoronada, con paredes agrietadas y ventanas rotas. En su época de esplendor, fue una fábrica de tejidos especializada en la producción de gabardina, pero con el tiempo, se convirtió en un lugar solitario y olvidado. Sus pasillos oscuros y sus rincones abandonados se habían convertido en el refugio del duende, que se había instalado allí tras el cierre de la fábrica. Era un ser peligroso, que acechaba en la penumbra, esperando encontrar a las niñas que cumplían con ciertas características físicas: cabello largo, negro y ojos grandes. Y, lamentablemente, yo reunía todas esas características.

Mi madre, con una expresión seria, volvió a decir: "Es por tu bien. No podemos arriesgarnos. Si no cortas tu cabello, el duende podría fijarse en ti". Yo, confundida y aterrada, intentaba comprender la conexión entre un simple corte de cabello y el peligro que representaba ese ser temido. Pero mi madre insistió en que el cabello largo y oscuro era precisamente lo que atraía al duende. "Es la única manera de estar a salvo", dijo, como si no quedara duda alguna.

En ese instante, el miedo me invadió como una ola. Solté la trenza que aún tenía entre mis manos y, en un impulso de total angustia, le dije a mi madre que ya estaba preparada para el corte, aunque le advertí que iba a llorar. "No será tan terrible", me aseguró con una calma que solo conseguía aumentar mi ansiedad. Además, me prometió que había una ventaja significativa: los peinados serían mucho menos dolorosos, porque mi

cabello ya no se enredaría con la misma facilidad. Sin embargo, en ese instante, sus palabras de consuelo no lograban calmarme. Era como si intentara convencerme de que la tormenta no era tan fuerte porque sus gotas eran más pequeñas.

Luego, escuché un ¡zas!, el sonido penetrante de las tijeras cortando mi cabello. El eco de ese corte fue tan claro que me hizo sentir como si el tiempo se hubiera detenido por un momento, mientras mi corazón latía con fuerza. Sentí un leve tirón y observé cómo una parte de mi melena caía al suelo. En ese instante, las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro. Entonces, pensé con indignación: "Todo esto es culpa del duende". Mi madre, al verme tan angustiada, trató de calmarme asegurándome que, con el tiempo, me gustaría el nuevo corte. Entre sollozos, me convencí de que, aunque en ese momento el duende hubiera ganado la batalla, la guerra aún no estaba perdida. "Cuando sea señorita", le dije a mi madre, con rabia y determinación, "volveré a tener el cabello largo".

PIPA

Nancy Carrillo



Hoy, encontré un archivo muy viejo en mi computadora, la sorpresa fue grande, estaba dirigido a Pipita y lo enviaba Pipo, entonces recordé días ya olvidados. No solo vino a mi mente el famoso cuento de Ana María Matute, imaginé a esa muñeca desvalida, descolorida y aterida de frío, pero con aquel encanto que concede el amor, la ternura, la cálida compañía, sino una etapa de mi vida en la cual yo era Pipa, cobijada por los mismos sentimientos que aquella niña tenía por su muñeca. Un viento cálido surgió de pronto, también fui amada y aunque años más tarde desapareció el encanto, el nombre aún complace mis oídos.

También hubo otros nombres, creo que todas las parejas manifiestan así su amor, se llaman de diversas maneras, Bellita era uno de ellos, aun cuando estos apelativos se pierden y no lleguen a cumplir la famosa frase: “hasta que la muerte nos separe”. ¡Qué

tiempos aquellos! cuando los problemas se resolvían con una frase cariñosa, con un sobrenombre sencillo. Yo creo que entonces había en las palabras pureza, estaban libres del desencanto, de la duda, del reproche. Eso vino más tarde.

El tiempo que todo lo borra o lo mitiga convirtió este y otros episodios en relámpagos que de vez en cuando alumbran alguna fría tarde de soledad.

Pipa fue parte de mis lecturas recomendadas, con ellas mis estudiantes de los años 70-80 meditamos la grandeza del amor, aquel sentimiento que nace y mueve todo lo bueno que cada ser posee, esa emoción inexplicable que no se fija en oropeles, que engrandece al ser amado en su humildad, que establece una conexión espiritual imposible de describirla.

Con ella, mis jóvenes estudiantes comprendían que no necesitaban ser bonitas para ser amadas. Ellas eran felices, y yo también, además la juventud añadía belleza a su mirada, a sus gestos, a sus esperanzas.

Sin embargo, entre los noventa y el nuevo siglo todo cambió, los sentimientos, los descubrimientos, los comportamientos; la belleza a la vuelta de la esquina, cómo se decía entonces. Ya no hay mujeres feas, solo están las que no tienen dinero porque aparecieron las cirugías plásticas y la belleza fue manipulada, nuevos patrones que se podían alcanzar cuando los recursos económicos eran suficientes.

Las no agraciadas y sin dinero sufrieron de acciones maltratantes que entonces no tenían nombre, ahora se las denomina bulling, todas habían sufrido, de palabras y miradas lascivas y del daño psicológico que provocaban, a veces eran palabras que se decían con cariño sin conocer que eran puñaladas que perforaban la autoestima, “mi chiquita, mi gordita”, es feíta pero muy inteligente, como queriendo compensar la falta de perfección física por el adjetivo que no sirve para atraer miradas.

En el sesenta todavía existían colegios que dividían sus paralelos entre las pudientes y no pudientes, nunca se unía a los dos grupos para actividades sociales o académicas, inclusive los patios para el recreo eran separados y si alguna vez se encontraban en algún pasillo, la fila de las pobres pasaba ligera, mientras escuchaba que las otras las clasificaban en bonita, fea, bonita fea, no había una sola voz que las rescatara de

semejante humillación y de las heridas que empezaban a cargar desde aquellos momentos.

La psicología y la comprensión de un mundo diferente eliminó esta aberración de la clasificación económica dentro de los establecimientos educativos, ahora la separación es tajante, los estudiantes que se educan con los mejores programas y aquellos que reciben lo que el gobierno puede proporcionar y que no siempre es lo mejor, estudiantes que gozan de todas las oportunidades para prepararse para un mundo cada vez diferente y aquellos titanes que para sobresalir luchan contra el medio y las circunstancias, claro está que la oportunidad es para todos, aunque los unos se pasean por el camino ancho y están bien equipados y los otros trepan montañas inclementes cargando deficiencias, carencias y miedos.

En la década del 90, no todos se emocionaban con el cuento de Pipa, algunos preferían las historias con mujeres hermosas, jóvenes, con status sociales y económicos envidiables viviendo apasionadas historias de amor. El cine y las telenovelas, que estaban en su apogeo las pintaban así, las heroínas y los héroes respondían a lo que tal vez ellas deseaban alcanzar, a sus sueños, a sus añoranzas, al rescate del príncipe a quien no le importaba los orígenes de la amada casi siempre pobres y anónimos, un mundo de ficción que no estaba a su alcance. Eso lo buscaban en los libros de lectura obligados a leer, en lugar de: el Mío Cid, La Ilíada, la Odisea, textos obligados por el ministerio, entonces incomprendidos porque no conjugaban con sus intereses. Otros, a quienes la adolescencia les permitió otro tipo de conocimientos, como el que proporciona los viajes, se apasionaron por las novelas históricas, confieso con vergüenza, porque un maestro no debe hacer distinciones que aquellos estudiantes eran mis preferidos.

Aparecieron listas de lecturas recomendadas, yo nunca las tomé en cuenta, presumía de conocer a los estudiantes y de los libros que despertarían su amor a la lectura, y no me equivoqué, seguramente porque era yo, la primera apasionada por los libros. Mis hermanos menores y los sobrinos me ayudaron mucho en esta tarea, ellos fueron los conejillos de Indias.

Pertenezco a la clase media que sufre en la actualidad todos los atropellos de las malas decisiones económicas, a pesar de esto solíamos ir a la playa en el mes de julio,

desprejuiciados y felices nos acomodábamos en una camioneta en la que iban colchones, comida y utensilios de cocina porque pasábamos varios días en una casa alquilada. Yo unía a este cargamento una bolsa llena de libros. Cuando iniciábamos el viaje todos me criticaban porque necesitaban más espacio para incluir algún amigo, pero yo no cedía, la bolsa y yo éramos una; y así apretujados pero felices como abejas en un panal partíamos a Crucita que entonces era una playa casi abandonada. Allí no había televisión y los celulares eran desconocidos.

El proceso de lectura en la playa tenía al inicio una sola lectora, yo, más tarde los hermanos cansados de correr, nadar y coger sol se sosegaban y por curiosidad me pedían un libro, allí estaba yo con la historia que creía adecuada, terminábamos las vacaciones con los libros mojados, doblados, llenos de arena, pero todos conversando sobre las lecturas realizadas. Mi hermano conoció a Vargas Llosa con “La ciudad de los perros”, le iba como anillo al dedo, porque estudiaba en el colegio militar, desde entonces creo que es su autor preferido porque me ha pedido novelas del mismo autor. Felices mi madre y yo nos decíamos: objetivo conseguido. Al pequeño de la familia, que ahora es un profesional, un gran lector, le contábamos versiones libres, creativas y adaptadas de los clásicos, tenía cinco o seis años y ya conocía al Mío Cid, al Quijote, claro con visiones distorsionadas, a veces jocosas, no creo haber irrespetado a los grandes de la Literatura para conseguir que el pequeño se apasionara no sólo por los héroes sino por el manejo del idioma.

En la actualidad, los superhombres cambiaron, ahora los sobrinos nietos quieren ser el hombre araña, el señor de los anillos y así..... Los tíos ya no conocen a estos personajes. Para esta generación, la lectura se ha limitado a dos o tres libros que son de actividad obligatoria en los colegios. Siempre preguntan si no habrá una película porque así es más fácil, odian las actividades que vienen después de las lecturas y no tienen reparo en contestar las preguntas del cuestionario final con monosílabos como: ¿es la historia que aquí se cuenta interesante?:

o; explique su respuesta, porque no; ¿Qué le pareció la historia? horrible, aburrida. Explique su respuesta, porque es aburrida. Punzantes respuestas para cualquier autor.

Existen muchos tratados de cómo motivar la lectura comprensiva, casi todas aluden a subrayar, analizar, comentar, imitar el texto, aún no conozco algún método que elimine todas las actividades gramaticales y semánticas, un simple sistema que sea como saborear un riquísimo chocolate y eliminar el reconocimiento de la receta que lo produjo y provocara la reacción de oler, saborear y gritar, quiero otro. Me aferro a mi percepción de proporcionar a cada estudiante el libro que le conviene para que quiera continuar con otras lecturas, cuando ya está enganchado puede ir por otras para diferenciar entre las que le gustan y las que no, es el momento para explicar el entorno, los personajes, la trama y demás elementos de la preceptiva.

El análisis literario es obligatorio y una buena profesora logra despertar en los estudiantes el amor al arte, aspecto que igualmente debemos rescatar porque muchos estudiantes están impactados con la tecnología y las carreras técnicas, abandonando las que cultivan el espíritu.

Pipa quedó en el recuerdo, no faltará algún apasionado por la lectura que vibre con esta historia de amor y algún otro, como yo que la recuerde, vuelva a hacerla suya y sirva como eje que dispara otras reflexiones.

DOS NOMBRES, DOS ENTORNOS

Dorys Rueda



Terminé la primaria como la hija menor y la única que aún vivía con mis padres. Desde ese momento no paré de insistir, hasta quedarme sin voz, para que me dejaran estudiar la secundaria en Otavalo. Después de innumerables peticiones, finalmente cedieron. Así fue cómo ingresé al Colegio República del Ecuador. Mi adaptación fue tan sorprendente que hasta me asombró a mí misma. Hice amigas en un abrir y cerrar de ojos, y lo curioso es que, al inicio, los estudios me parecían incluso más fáciles que los de la primaria. Como dice el refrán: "El que tiene boca, se equivoca".

Con esa nueva facilidad para los estudios, me sumergí con entusiasmo en las historias fascinantes que mis padres compartían conmigo cada noche, relatos sobre los seres y sucesos que formaban el alma de Otavalo y sus alrededores. Además, no tardé en encontrar la excusa perfecta para perderme en los libros de Agatha Christie, una pasión que mi padre había sembrado en mí desde la infancia. El suspenso, los giros inesperados

y esos finales que siempre me dejaban sin aliento parecían atraer a mi mente curiosa como un imán. Esa misma emoción la encontraba en las leyendas locales: en las lagunas misteriosas, las montañas que susurraban secretos, las voces de las almas errantes que se dejaban oír en la oscuridad, el canto de las sirenas que habitaban los lagos, y los lamentos de las viudas que, a medianoche, recorrían las calles en busca de amores perdidos. Era como si el suspenso literario y el folklore de mi tierra se hubieran unido para dejarme siempre con los nervios de punta.

Cuando terminé el primer año de secundaria, mis padres, con esa cara de preocupación que ponen los padres cuando van a dar noticias que cambiarán la vida de los hijos para siempre, se sentaron conmigo. No me preguntaron sobre mis planes ni me dieron opciones para elegir. No, simplemente sentenciaron: "El próximo año te vas a estudiar a la capital, al Colegio Nuestra Madre de la Merced en Quito, donde ya está tu hermana mayor". En ese momento, todo lo que había sido mi mundo –mis amigas, las charlas con mis padres, los días en el colegio y, sobre todo, la deliciosa comida de casa– se desplomaba ante mis ojos.

Lo peor llegó cuando me soltaron el "detallito" del internado. No solo me alejaban de mi querido Otavalo, sino que me mandaban a un lugar donde los relojes parecían ser los dueños del universo. Había un horario para levantarme, bañarme, acostarme, comer, almorzar, jugar, ir a misa ¡y hasta para ver televisión! Cada actividad estaba tan rigurosamente organizada que hasta sentí que mis pensamientos debían seguir un plan de agenda. Yo, que siempre me consideré una persona flexible con el tiempo, veía cómo cada pedazo de libertad se evaporaba ante mis ojos. Como dice el refrán: "No hay mal que por bien no venga", pero en ese instante, parecía que lo único que venía eran relojes, como si el propio tiempo estuviera empeñado en darme una lección de puntualidad.

Mis padres trataban de consolarme, asegurándome que, aunque las horas de trayecto parecieran eternas y la capital estuviera a años luz de distancia, volvería a casa con mi hermana en Navidad, Semana Santa y en las tan esperadas "vacaciones largas". Claro, eso sonaba perfecto... hasta que caí en cuenta de que esas "largas vacaciones" tenían más de promesa y menos de paraíso cercano.

En aquella época, viajar a Quito no era tan sencillo como hoy en día. ¡Para nada! El viaje tomaba más de cinco horas de carretera y eso ya era todo un reto en sí mismo. Las curvas, peligrosas por el mal estado de la vía, parecían burlarse de nuestra tranquilidad y las montañas y precipicios se acercaban a los vehículos como si quisieran darnos un abrazo. Cada vez que viajaba a la capital, no podía evitar fijar la vista en la carretera, sintiendo una mezcla de pavor y ansiedad. Cerraba los ojos y susurraba: "Ay, Diosito, por favor, que lleguemos con bien", mientras mi estómago daba saltos acrobáticos, como si fuera parte de un circo.

A los 12 años llegué al colegio Nuestra Madre de la Merced, donde la rectora, madre Mercedes, una española de gran presencia. Me recibió amablemente, pero con una mirada fija y grave, me preguntó mi nombre. 'Me llamo Margarita Rueda', respondí con una calma total. Pero, para mi sorpresa, la madre rectora se quedó completamente petrificada. Con voz profunda y pausada, me informó que había otra alumna, en el mismo año y paralelo, con el mismo nombre. '¡Qué raro, ¿no?!', pensé para mis adentros. '¿En serio? ¡¿Hay dos 'Margaritas Rueda' aquí?!' Era como si el universo hubiera jugado una broma con las listas de nombres. Ante semejante coincidencia, madre Mercedes, sin perder la compostura, me sugirió que, para evitar confusiones, fuera conocida por mi primer nombre: 'Dorys'.

En fin, la idea de llamarme "Dorys" no me hacía ni pizca de gracia, especialmente porque mi madre solo lo usaba cuando estaba molesta conmigo. Cada vez que escuchaba un "¡Dorys!" con un tono elevado, automáticamente pensaba: "¿Qué hice ahora?" Era como si el nombre tuviera un letrero invisible que decía: ¡Problemas a la vista!

Sin embargo, en cuestión de segundos, me convencí de que no sería tan malo tener dos nombres, uno para cada ocasión. ¡Era como un cambio de vestuario, para adaptarme mejor al entorno! Así, me quedaría como Margarita para la familia y los amigos de Otavalo, y me transformaría en Dorys para las nuevas amigas y los familiares de la capital. Como dice el refrán: "Al mal tiempo, buena cara" y si tenía que llevar dos nombres, lo haría con gusto, ¡a ver qué tal me quedaban!

Aunque he vivido fuera de Otavalo durante más de cinco décadas, nunca he dejado de ser parte de esta ciudad. A pesar de mis viajes y estancias en otras tierras, Otavalo sigue

siendo el núcleo de mi existencia, con sus montañas imponentes, su gente cálida, su historia y su cultura.

Cada vez que regreso a la ciudad para una entrevista, un programa o una reunión, me encuentro con personas que, tras un breve intercambio, me miran con una sonrisa y me dicen: "No sabíamos quién era Dorys Rueda, pero ahora que te vemos, sabemos que eres Margarita Rueda". Esas palabras me devuelven un reflejo de mí misma que, aunque está matizado por el paso del tiempo, nunca pierde su esencia. En esos momentos, me doy cuenta de que, aunque "Dorys" sea el nombre con el que soy conocida en Quito, el que me acompaña en mi carrera y con el que firmo mis libros, es "Margarita" quien sigue llevando el peso de mi historia y mi conexión con la tierra que me vio crecer. "Margarita" es el lazo que me une con mi familia, mis raíces y ese Otavalo que sigue siendo mi hogar, sin importar cuántos kilómetros me separen de ella.

LA DIABLADA PILLAREÑA

Nancy Carrillo



Cuando mi padre nos contaba sobre los diablos de Píllaro, no aseguraba que fueran parte de la cultura del país, ni que sus orígenes se remontaran a un supuesto desquite de los indígenas frente al maltrato de los españoles, él afirmaba que eran seres de otro mundo y qué como dice la religión católica existen los ángeles y los demonios.

Respaldaba esta afirmación con un hecho que marcó su vida desde los doce años, era un niño travieso y retador, hijo del cacique del pueblo. Tenía doce años cuando con su grupo de amigos decidieron sembrar el terror en la población y poner en duda las sabias enseñanzas de la iglesia, acordaron salir a las doce de la noche utilizando toda la parafernalia que hasta entonces habían escuchado sobre el infierno y sus habitantes. Así, vencían su timidez, pasaban un buen rato causando pánico y demostraban que los seres del averno, no existían, menuda osadía y tarea para esos años, cuando las

creencias colocaban al bien y el mal, representado por seres de otro mundo como una verdad incuestionable.

Construyeron un carro de madera, para simular la denominada caja ronca, un armatoste que utilizaban los seres malos para trasladarse, se vistieron de diablos, no con las elaboradas caretas que hoy vemos en el desfile de la diablada cada mes de enero, estas eran de tela, unas rojas y otras negras, con agujeros para los ojos y la nariz, enormes cuernos, colas de soga y látigos con los que amenazaban, llevaban ollas de barro, a las que había perforado en varios lugares por donde salían llamas de una vela colocada en su interior, acompañaban esta funesta procesión con gritos guturales que amenazaban con nombre y apellido a algunos personajes del lugar. Todo esto acontecía en un pueblo muy pequeño, hace más de cien años. El pavor hizo presa a toda la población y decidieron que a la par saliera una procesión con santos, ángeles y el cura del lugar para lanzar agua bendita.

Como es de suponer nadie quiso acompañar al cura y los traviesos muchachos al ver tan asustado al pueblo decidieron que solo saldrían una vez más. Así lo hicieron, aún no habían desfilado dos calles cuando vieron algo similar que se aproximaba por el lado contrario, esta procesión era mucho más grande, los diablos enormes, danzaban y gritaban y despedían por sus ojos y boca llamaradas de fuego.

Un miedo enorme se apoderó de mi padre y sus amigos, lanzaron sus implementos y corrieron a sus casas, apenas podían permanecer de pie, temblaban y vomitaban, las vecinas del lugar dijeron que eran presas del mal aire. Algunos fueron al hospital porque estaban deshidratados. Nunca más volvieron a poner en duda la existencia del demonio y tampoco contaron lo que vieron. Los padres adjudicaron sus males de salud a algo que debieron comer en sus paseos por el bosque.

Mi padre murió fiel a sus creencias religiosas y pienso que, si viviese en este siglo, teniendo en cuenta que el tiempo, las concepciones políticas, religiosas y morales se han permitido ciertas licencias, también se colocaría una máscara de diablo y bailarían con el mismo entusiasmo y alegría como lo hacen los pillareños actuales.

Mis hermanas y yo, recordando esta anécdota que nos contaba nuestro entrañable padre, decidimos ir a Píllaro y presenciar este desfile de supuesto terror, la carretera

para llegar a este pueblo que ha crecido al ritmo del tiempo es magnífica, ya no es el pueblo de cinco calles de largo y tres de ancho en el que vivió mi padre, los habitantes son amables, muy gentiles y han previsto sitios para dejar los carros y avanzar sin temor al lugar del desfile, la comida riquísima, casi todos hacen empanadas, las de viento, pero algo tienen porque todos consumíamos esta delicias una y otra vez.

Tuvimos mucha suerte porque cuando buscábamos un lugar para presenciar el desfile, un señor nos ofreció un balcón por un precio muy módico, desde allí tuvimos un espectáculo en toda su esplendor, primero desfilaron las autoridades iniciando el espectáculo, luego aparecieron los diablos, enormes con máscaras elaboradísimas que seguramente pesan mucho, cuernos, dientes, ojos, unos más feos que otros, bailan con tanta pasión y ritmo que contagian, hacen calle de honor a otros seres de dudosa moral como son las guarichas, cantan con tanta entrega y viven la letra de su canción que habla de su lugar, Píllaro viejo, vibran con cada una de las tonadas, la banda de músicos tiene un papel importantísimo y también ellos acompañan sus notas con ritmos frenéticos. Los danzantes reparten licor, alegría y besos que no me parecieron del otro mundo, sino de este.

Las fotos no se dejan esperar, puedes hacerlas en el desfile o después, los diablos no se resisten a estos recuerdos del lugar, yo recordando a mi padre no quise fotos ni besos, por un acaso, alguno de esos diablos no sea pillareño sino que salió de alguna paila del infierno y está bailando en el desfile porque dicen que así sucede.

LA GYMCANA

Dorys Rueda



Años atrás, el grupo de jóvenes “Junior 3” decidió poner en marcha una gymcana por las Fiestas del Yamor y claro, como toda actividad, tenían que hacerla lo suficientemente interesante para que el público hablara de ella durante, al menos, una década. El día del evento, los organizadores se pusieron serios y repartieron la lista de actividades que cada equipo, formado por dos personas, debía cumplir con la promesa de un codiciado premio que nadie quería perderse. Pero, por supuesto, lo que no sabían es que el verdadero trofeo sería la diversión.

El grupo con el puntaje más alto y, como no, el que consiguiera todo en el menor tiempo posible, se llevaría la gloria eterna. Mi hermano, Miguel Ángel Rueda, y su gran amigo Nibo Dávila, decidieron apuntarse al desafío, sin que nuestros padres tuvieran ni idea de lo que se traían entre manos. Como buenos genios del encubrimiento, decidieron

mantenerlo en secreto y, claro, nos dejaron a todos en un estado de total expectativa. Todos los jóvenes de la familia nos convertimos en su equipo de apoyo improvisado, siempre dispuestos a dar una mano en lo que necesitara. Si había que disfrazarse de payasos, ahí estábamos; si había que actuar como cómplices, ahí estábamos. ¡Que no faltara nada por nuestra parte para que Miguel Ángel y Nibo salieran victoriosos!

Una de las exigencias de la gymcana era llevar a una chica vestida de verde a la tarima que los “Junior 3” habían instalado en el parque Bolívar. Y en ese momento, el destino, o quizás solo la casualidad, nos echó una mano. La suerte estaba de nuestro lado porque, casualmente, nuestra prima había acabado de “aterrizar” desde Quito y, por increíble que parezca, llevaba un terno pantalón de ese color. Como si el universo hubiera conspirado a favor de la gymcana, ella se convirtió en la pieza clave de la competencia, sin siquiera haberlo planeado.

Lo mejor de todo es que ella ni siquiera tenía idea de que, a su llegada, iba a ser reclutada para el papel más inesperado de su vida. Había llegado con ganas de descansar después de un viaje largo y, en lugar de eso, se vio convertida en un elemento esencial de un evento que no entendía en lo más mínimo. Ni siquiera había tenido tiempo de desempacar cuando Miguel Ángel y Nibo, con la rapidez de dos agentes secretos, la tomaron del brazo y la llevaron al auto, ignorando por completo las protestas de la pobre prima, que pensaba que todo era una broma.

Mientras ella intentaba entender qué estaba pasando, nosotros solo podíamos imaginar la cara que pondría al subir a la tarima y presentarse ante el jurado como si fuera candidata al reinado del Yamor, sin haberlo solicitado en lo más mínimo. “Estrellato fugaz de la gymcana”, dijimos entre risas, anticipando el momento en que su “glorioso” debut en el mundo de las fiestas del Yamor quedaría registrado como una de esas historias que se contarían en cada reunión familiar.

Otro de los requerimientos para completar la competencia era, ni más ni menos, “pescar” a una bañista en la piscina de “Yana Yacu” y llevarla al tablado para que desfilara como en pasarela, de un extremo a otro, frente al público que estaba ya abarrotado en el parque.

Mi hermana de 15 años, al inicio, se rehusó terminantemente a formar parte del juego. Dijo que jamás se iba a poner un bikini y mucho menos a exhibirse frente a la multitud. Ante ese “no rotundo”, empezamos a suplicarle que lo hiciera, porque solo con su ayuda nuestro hermano podría completar la última posta y posiblemente ganar la competencia. Fueron tantos los ruegos que accedió y se fue a la piscina. Ni bien se metió en el agua, llegó mi hermano con su amigo Nibo y como buenos estrategas, en segundos, la sacaron de la alberca, la arrojaron con una toalla y la metieron al automóvil.

Una vez en la tarima, mi hermana, que ya había sido convertida en la protagonista involuntaria de esta misión, se encontró con la exigencia más incómoda de todas. Tenía que caminar sin la toalla frente a todo el público para que el jurado constatará que llevaba el traje de baño indicado.

Ahí, en ese momento, dejó a un lado sus nervios y la vergüenza, y, con la cabeza alta, comenzó a caminar de un extremo a otro de la tarima, como si fuera la protagonista de una pasarela de alta costura. Incluso, al llegar al otro extremo, hizo un giro con una gracia que el público aplaudió.

Finalmente, después de ese desfile improvisado, mi hermano y Nibo, con la tenacidad y el carisma de dos chicos decididos a ganar a toda costa, completaron la última etapa de la gymcana y fueron coronados campeones.

Cuando llevaron el premio a casa, emocionados y orgullosos de su triunfo, fue cuando mis padres se enteraron de todo. Y como era de esperar, no les causó la menor gracia el hecho de que mi hermana hubiera tenido que posar en traje de baño frente al público. Mis padres se miraron, sorprendidos y algo indignados, mientras intentaban comprender lo sucedido.

“¿Cómo que estaba en traje de baño en el tablado?”, preguntó mi madre, con una mezcla de incredulidad y leve molestia. Mi padre, aunque un poco más calmado, no pudo evitar esbozar una sonrisa incómoda. A pesar de los regaños, la historia ya estaba escrita. Sabíamos que la gymcana se había convertido en una de esas anécdotas que, sin buscarlo, se quedaría grabada en nuestra memoria familiar por muchos años.

RECORDANDO A LA TÍA LAURA

Nancy Carrillo



Uno de los personajes más bonitos de mi niñez fue la tía Laura. Así la llamábamos parientes y no parientes; su figura singular, unas veces amable y otras muy seria, será difícil de olvidar.

Cuando éramos niños, nos sentábamos junto a ella a escuchar los innumerables cuentos sobre muertos, aparecidos, duendes, fantasmas que continuamente le visitaban y le dejaban mensajes, su descripción de los personajes del otro mundo nos dejaba no solo atemorizados sino con verdadero pánico. Después de estas historias ya no salíamos al patio en la noche, rezábamos con devoción y no mentíamos porque podía aparecer María Angula o cualquier otro personaje del más allá.

Las niñas de ojos grandes eran las preferidas por el duende, un pequeño que llevaba un gran sombrero y, en las noches, si habías cometido algún pecadillo, se acercaba a tu

cama y tiraba de las sábanas. Otras veces se mostraba agradable, se paraba en el umbral de tu puerta y te llamaba. ¡Qué pavor, inocente adrenalina que subía al máximo nivel! Mis hermanas y yo nos mirábamos de reojo para comprobar si teníamos ojos grandes y nos tomábamos las manos, las apretábamos muy fuerte para no caer en la tentación de seguir al famoso duende.

Estas historias sirvieron más tarde para que los oyentes más jóvenes armaran escenas para amedrentar a los vecinos y amigos. Mi hermano y sus amigos pasaban sus vacaciones en una ciudad pequeña, en donde un pariente de la tía tenía una casa muy vieja, cuentan que, en una ocasión, para matar el ocio de las vacaciones fueron a un terreno deshabitado, allí encontraron una calavera, no se atrevieron a tocarla, pero sí armaron un partido de fútbol con esta improvisada pelota. El castigo por semejante desacato no se hizo esperar. Arrepentidos por la falta de respeto al dueño de la calavera, se acostaron temprano y anticipándose a lo que podía pasar, ocuparon una sola habitación.

A las doce de la noche, esa era la hora nefasta en aquella época, ahora se dice que la hora mala es a las tres de la mañana. Escucharon pasos y una voz profunda, enronquecida y maléfica que gritaba sus nombres. Se apretujaron bajo las sábanas, sosteniéndose unos a otros porque esperaban lo peor; así fue. El supuesto dueño de la calavera se acercó a la cama y tiró de las cobijas. Sus corazones latían a mil por minuto y empezaron a llorar y suplicar. El bromista se dio cuenta de que había llegado muy lejos y se descubrió. Demasiado tarde, uno de los amigos, vomitaba sin parar, temblaba y se llevaba las manos al pecho, sufría del corazón y estaba al borde de un infarto. La situación dio un giro notable.

Arrepentido el hacedor de la macabra broma, tomó al amigo en sus brazos y corrió buscando ayuda médica. Todos tras él, ahora rezando para que no sucediera lo peor, ventajosamente vivían al frente de un hospital y el amigo se salvó.

Los niños crecimos y la tía no dejaba de asombrarnos, siempre ligada al inframundo. Contaba que todas las personas que por entonces morían, venían a despedirse la noche anterior, así lo hizo inclusive el presidente José María Velasco Ibarra. Algunos días anteriores a su muerte le visitó y le dijo hasta siempre amiga: vota por el mejor

candidato, aunque en la posteridad existirán muchos impostores que intentarán imitarme. Fanática Velasquista, salía a las calles para vitorear a este gobernante, a quien defendía a capa y espada.

En una de las entradas triunfales de Velasco Ibarra a la ciudad, ella desde un balcón le lanzó una guirnalda de flores, emulando a Manuela Sáenz y al Libertador Simón Bolívar, cuando lo contaba yo quería ser una de esas heroínas que daba la vida por la patria y se veían recompensadas por un gran amor, más tarde, cuando mi curiosidad me llevó a investigar sobre Manuela y el Libertador, terminé afirmando que los hombres son iguales en todos los tiempos.

La tía tuvo una vida austera, sufrió las consecuencias de la pobreza y la falta de afecto. Su madre, una mujer viuda e inválida, le regaló a una vecina; allí empezó a cambiar trabajo de sol a sol por un pedazo de pan y nada de educación. Cuando pudo, se escapó de aquella tutela y viajó a una ciudad más grande en dónde nadie le conocía y sabía de sus orígenes.

Empezó a construir una nueva vida, a reinventarse, diríamos ahora, no sé cómo conoció al que fue su marido, pero no acertó en la elección, el señor más que una ayuda fue una carga y cuando hacía sus trastadas, la tía le castigaba como a hijo malcriado, paliza tras paliza, la pedagogía del momento, cuando no existían psicólogos para largos e inciertos tratamientos, personalmente diría que no fue acoso ni maltrato de pareja, era la metodología de aquel tiempo. ¿Cómo se enseña la honradez y la responsabilidad a un borracho que saca a crédito la bebida y luego pide que le envíen la factura a la esposa?, la tía pagaba, pero advertía que la próxima ocasión no lo haría, violencia familiar, quién sabe, pero a veces la vara acompañada de la explicación hace milagros.

La tía nunca se dio por vencida, trabajaba en lo que podía, pero no le faltaba el pan, sacrificaba sus horas de sueño si esto equivalía a unos sures más para alimentar a los suyos, que en total fueron cinco.

Finalmente, consiguió un trabajo estable en una fábrica, aprendió con facilidad la tarea que le encomendaron y allí permaneció muchos años hasta su jubilación. Empezó a gozar de ciertos beneficios, como una casa y salario fijo con el que educó a los hijos. La tía soñadora del más allá tenía los pies en la tierra y los formó honrados, estudiosos,

trabajadores. Nadie le había enseñado que primero hay que educar en valores, los que proporciona el hogar y hace de los seres humanos fuertes y esforzados. Ella y los de su generación le tomaron la delantera a la educación actual. Ahora se enseñan otros valores, la sociedad los propicia y alienta, los medios los proclaman, son menos trascendentes, útiles para una vida vanidosa, superflua, egoísta, así estamos, marchando para atrás.

La primera generación fue de profesionales destacados, la fortuna le sonreía a través de los hijos, se cumplió esa trillada frase de: lo que ella no tuvo lo tuvieron sus hijos, en el buen sentido, es decir, estudios, trabajadores, con holgura económica, supongo que con el ejemplo de la madre educaron igualmente a los hijos.

Los nietos y bisnietos ya fueron muchos; a otro nivel diríamos ahora, viajan, van a los mejores colegios, ocupan cargos importantes; no sé si ella gozó del progreso de esta generación que crece en la abundancia. Vivió muchos años y se resistía a morir porque al fin la vida le sonreía.

La última vez que le vi, ya estaba muy viejecita, me contaba de sus nietos y trataba de recordar los nombres y las proezas de cada uno.

Murió y ahora sí comprobará que aquello que soñaba era cierto o tal vez su mente creativa adornó las creencias que había heredado.

La tía murió muy viejecita, hace un año, hasta las últimas votaciones pidió consignar su voto. Estoy segura de que para estas fechas del mes de abril del 2025 haría igual, y cómo sería su voto, me pregunto.

EL HORÓSCOPO

Dorys Rueda



A los 18 años, comencé a trabajar como secretaria en el departamento de redacción de un diario de Quito. Desde el primer momento, el bullicio de la sala de redacción me cautivó por completo. En este espacio tan vibrante, aprendía cada día que la escritura no solo era una herramienta de trabajo, sino una forma de expresión poderosa. Mi jefe, don Lincoln Larrea Benalcázar, un periodista reconocido por su mirada crítica y seria, me intimidaba al principio. Su presencia imponente generaba en mí una mezcla de respeto y temor, hasta el punto de que, al principio, temía incluso hablarle. Sin embargo, con el tiempo, esa admiración y miedo iniciales se convirtieron en un profundo respeto por su trabajo. Aprendí de él mucho más de lo que jamás imaginé.

Apenas llegué, me asignó una tarea aparentemente sencilla: escribir el horóscopo diario. Me entregó un libro antiguo lleno de predicciones sobre los signos zodiacales y me pidió

que investigara y enriqueciera los vaticinios. Al leerlo, me di cuenta de que el contenido podía mejorarse y hacer que las predicciones fueran más cercanas y relevantes. Sin pensarlo demasiado, decidí escribir mis propios horóscopos, lo que me permitió adentrarme en el mundo de la astrología con un enfoque más personal. Mi nombre comenzó a aparecer al pie de cada horóscopo publicado y en lugar de asustarme, eso me motivó aún más a seguir explorando esta nueva pasión.

Un día, mientras me sumergía en mi rutina de escribir horóscopos, algo completamente inesperado ocurrió: recibí una llamada desde la recepción. Al principio, pensé que era una broma, pero no. Al otro lado de la línea, una joven me felicitaba efusivamente por la precisión de mis predicciones. "¡Doris, tus horóscopos me cambian la vida!", me dijo con una admiración tan desbordante que casi me sentí la reina de los horóscopos. Me contó cómo mis vaticinios, que parecían acertados, influían positivamente en su vida diaria. Pero eso no fue todo. Luego, como si estuviera contratándome para ofrecer consultas espirituales, me preguntó si, además de predecir el futuro con las estrellas, también podía leer las líneas de la mano, las cartas del tarot o incluso el café. Me proponía todo un repertorio de artes adivinatorias, como si fuera un oráculo moderno capaz de desvelar todos los misterios del universo.

Lo más curioso de la conversación fue el respeto casi reverencial con el que me hablaba, como si fuera una mujer de edad avanzada llena de sabiduría astrológica. Me trataba como si tuviera años de experiencia en la adivinación, cuando, a mis 18 años, lo único que sabía sobre el tarot era que existía. Tan solo se me ocurrió fue esbozar una sonrisa tímida (aunque ella no podía verme) y agradecerle la llamada con la mayor gracia posible. "Lamento mucho, querida, pero mi agenda está tan apretada que ni siquiera tengo tiempo para tomarme un café", le dije, mientras pensaba que, en realidad, no había tomado café en todo el día. Me despedí rápidamente, con una mezcla de alivio y una ligera sensación de vergüenza, pero también con una sonrisa, pensando en lo irónico que era que algo tan simple como un horóscopo pudiera hacer que alguien me viera como una vidente.

Completamente preocupada, corrí a contarle a don Lincoln lo que había sucedido. Estaba aterrada ante la idea de que mi verdadera identidad fuera descubierta y temía

que, por ser tan joven e inexperta, la credibilidad de mis predicciones se desplomara. Mi jefe, con una amplia sonrisa, me sugirió que utilizara un seudónimo. Sus palabras me tranquilizaron y de repente comprendí que a veces los problemas más grandes pueden resolverse de manera simple.

Entonces, recordé un incidente de mi época escolar en Estados Unidos, que hasta ese momento había permanecido olvidado en un rincón de mi memoria. Durante la inscripción al colegio, alguien cometió un pequeño error tipográfico al escribir mi nombre, cambiando la "i" por una "y". ¡Curiosamente, ese minúsculo desliz se quedó registrado hasta en mi diploma de bachillerato! Ahora, de repente, esa equivocación podría ser la solución perfecta. Me sentí como si hubiera descubierto una clave secreta, una manera de proteger mi identidad sin comprometer lo que realmente era importante.

A partir de ese momento, el horóscopo dejó de firmarse como "Doris" y pasó a llamarse "Dorys". El simple acto de escribirlo de esa manera me produjo un alivio inmediato, como si finalmente hubiera encontrado una forma de resguardarme. Pensé que este seudónimo no solo me liberaba de la presión de ser reconocida, sino que además mantenía mi anonimato intacto, protegiéndome de la mirada curiosa de los demás. ¡Realmente me parecía una solución ingeniosa! Una estrategia simple pero efectiva, que me daba el espacio necesario para seguir trabajando con los signos zodiacales que, para ese momento, ya los sentía como viejos amigos.

Cuando le conté a don Lincoln, él no pudo evitar reírse de mi ingenuidad. Su risa, desprovista de malicia pero llena de sorpresa, reflejaba lo inesperado de la situación. Se divirtió con la ocurrencia de usar un simple error tipográfico como una forma de protegerme, como si lo que parecía un pequeño desliz en la escritura fuera, en realidad, una jugada maestra de ingenio. Sin embargo, más allá de la risa, me transmitió una valiosa lección: que, en ocasiones, las soluciones más sencillas pueden ser las más eficaces.

Luego, me pidió que regresara a mi puesto de trabajo. Así lo hice y, durante todo un año, los horóscopos del diario se publicaron bajo la firma de "Dorys", un seudónimo que, con el tiempo, pasó a convertirse en mi firma para los artículos y libros que he publicado. Lo

que inicialmente era una solución sencilla y práctica para protegerme, terminó siendo una parte esencial de mi identidad profesional, un sello personal que me ha acompañado en mi trabajo.

De esa etapa conservo recuerdos muy valiosos: el espíritu de compañerismo que impregnaba cada rincón de la redacción y las amistades que nacieron en ese ambiente tan dinámico. Aprendí que, a través de las palabras, es posible transformar realidades, tocar el corazón de las personas y dar voz a quienes no la tienen. También comprendí que la escritura tiene el poder de denunciar, arrojar luz sobre lo que permanece en la sombra y crear conexiones profundas entre los seres humanos. Fue, sin lugar a duda, un período clave que sentó las bases de mi camino hacia la escritura, un proceso que continuaría desarrollándose años más tarde, cuando comencé mi formación en la universidad.

EL MANGO ROTADOR

Nancy Carrillo



Tengo un dolor extraño en el codo, baja por el entristecido antebrazo, se recrea en la pequeña mano y cubre los entumecidos dedos. Acudí al traumatólogo y el diagnóstico fue múltiple: el manguito rotador está muy débil, yo pensé que lo llamaba con cariño porque en mi caso debe ser pequeño, pero no es así, se llama manguito en todos los seres humanos, el túnel carpiano, que es como su nombre lo indica un túnel por dónde pasan nervios y tendones, situado en la muñeca de la mano, está obstruido por eso me duele tanto, el codo de tenista, otra inflamación de tendón, para su información, puede pasarle aun cuando nunca haya tenido en sus manos una raqueta de tenis, como es mi caso. Tantos males solo tienen un genérico, afectación de la columna.

El médico me preguntó muy inquieto a qué me dedicaba y le dije a la docencia. ¿Será que mis cincuenta años en esta profesión provocaron todos estos desajustes?

Al típico desgaste de los años se ha sumado el estrés (que antes no sabíamos que existía), la tensión diaria y un sinfín de etcéteras que solo los médicos encuentran en tu diario trajín, dejé a un lado las dolencias y empecé por ese recorrido de medio siglo en una profesión para la que no me preparé porque yo me hice docente en el camino, en el día a día y le tomé tal cariño a este enseñar y aprender que le dediqué la vida entera con sus años, meses, días y horas extras.

Estudí en una universidad extranjera, en aquel tiempo se hablaba de tres, las más prestigiosas en el mundo. Yo tuve la dicha de estar en una de ellas, aquella que decía que en sus filas nunca se graduó un hispanoamericano. Esto sucedía hace cuarenta años, en la actualidad muchos latinos se gradúan, el internacionalismo forma parte de los planes académicos, las barreras para salir del país son pocas y los centros de educación superior ofrecen enormes facilidades, El título de PhD, inalcanzable en otros tiempos, perdió esta cualidad en mi país, cuando en un momento de innovación y poca reflexión, se exigió que los maestros de las universidades tuvieran títulos de PhD los interesados se apresuraron en buscar el título y las universidades en ofrecerlo, algunas fuera del país, ya no fueron tan selectivas. Como todas las cosas en esta vida, funcionó la oferta y la demanda.

Mi objetivo era estudiar periodismo, pero finalmente decidí estudiar lenguas romances. Todos ponderaban lo difícil de ciertas asignaturas y yo debía apostarle a no quedarme en ninguna porque estudiaba con una beca; estaba en juego el patrimonio familiar y mi juventud.

Fueron cinco años de aprendizajes forzados, angustias del posible fracaso, austeridad silenciosa, parodiando al Quijote: sopas con más agua que condumio, de vez en cuando una juerga acompañada de lamentos por perder el tiempo en lugar de estudiar, tareas interminables, cumplir las tres C de todo buen estudiante, cabeza, codos y el tercero queda para que usted buen lector la deduzca. En mi diaria rutina de casa, universidad, biblioteca, pasaba por una iglesia cuya patrona era la santa de los imposibles, Rita. A ella le encomendaba con humilde impotencia, pues me parecía poco probable igualar a mis compañeros que me llevaban por lo menos dos años de preuniversitario. La Santita y yo

hicimos el milagro, me gradué, contraviniendo el estigma que hasta entonces existía contra los estudiantes extranjeros.

Confieso que cuando terminé mis estudios y volví al país, todos me felicitaban, pero nadie sabía que mismo era lo que había estudiado y a mi famoso título de lingüística con especialidad en lenguas romances le bajaron a la categoría de profesora de lengua y literatura, adiós a los idiomas aprendidos, al árabe que ahora solo sé que alguna vez lo estudié y que sería tan útil en estos tiempos.

En aquellos días me urgía la necesidad de trabajar para así dejar de ser una carga para la familia, que se había sacrificado por mí, y que también esperaba de mi ayuda, así que acepté el cambio en mi título, a mi criterio degradado y el primer empleo.

Fui al colegio en donde me eduqué. Las monjitas estaban felices de ver a una de sus exalumnas que se había graduado en una universidad extranjera; me recibieron con tanto cariño, que, si no me voy a tiempo, me hacen superiora.

El título me abrió las puertas de la docencia en varios niveles, universidades y colegios de diverso estrato, de lo que aprendí solo enseñé farmacología en la universidad a inquietos muchachos que querían ser médicos, italiano alguna vez como materia extracurricular, lo demás se perdió en el olvido, en su lugar reforcé el arte de la literatura. Como se dice en el argot popular, para las habilidades lingüísticas mi entendederá está siempre abierta.

En este largo caminar disfruté de lo que hacía, aprendí, cumplí mis sueños de juventud, me enamoré, me desenamoré, traicioné me traicionaron, el tiempo, la juventud y las mal dadas disposiciones ministeriales, (a mi criterio siempre han sido desatinadas) me permitieron cumplir con horarios exhaustivos, ser libre en mis propuestas y métodos de acercarme a los estudiantes con más cariño que sabiduría y gozar con ellos de la poesía y del amor.

Mirando lo que pudo haber sido y no fue y pretendiendo contradecir la máxima de que el tiempo transcurre y no vuelve, reconstruyo hechos que viven solapadamente en todos los entornos, así la sociedad ecuatoriana aún guarda en su vieja retentiva la división de clases y la continuidad de apellidos sonoros y desgastadas estirpes, los niños de la clase

bien no se unen con los de la media, menos aún con los que están más abajo, el dinero consigue una aparente democracia, pero late en la memoria la consideración al menos mestizo, Y, al igual que hay barrios para la nobleza pudiente y también para los que viven de viejas glorias, hay colegios donde se congrega lo mejor y más rancio de esta sociedad clasista.

Hay valientes que se atreven a desafiar este designio infernal a costa del sufrimiento de los hijos que deberán luchar a brazo partido para encontrar su sitio y no afectar su identidad.

El dinero de pocos y la pobreza de muchos hace que los niños desarrollen distintas habilidades, recuerdo que mis estudiantes, los que tenían todos los libros y todos los materiales desarrollaban la escucha menos que los del colegio multitudinario en donde teníamos un solo texto y un solo lector, yo.

Cuando entraba al aula y anunciaba: hoy leeremos a Machado, ya con anterioridad el tema había sido anunciado y la estudiante designada tenía a mano, en aquel entonces, el casete con esos versos que nos hacían vibrar: “mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura un limonero, mi juventud en tierras de Castilla y algunas cosas que recordar no quiero” y para no interrumpir, seguíamos con Serrat y sus mejores canciones.

Agitar los sentimientos de los adolescentes es fácil si se cuenta con las lecturas adecuadas, con los versos precisos. El maestro debe ser el primer motivado, el que se recrea con la unión de sustantivos y adjetivos, el que explica una metáfora o y vive la ternura de una dislocada antítesis. El cansancio y el hambre desaparecían cuando cantábamos con el alma la famosa Penélope, situación que aprovechaba para hablar el tema de la fidelidad en la Literatura y cuando llegábamos a aquellos versos de Penélope sentada esperando a su amado y no se sabe si enloqueció y olvido su cara y su piel y al volver a verle proclamó: tú no eres quien yo espero, mi voz, y la de mis inolvidables adolescentes se quebrantaba ante tal desilusión.

Qué etapas tan bonitas, merecen este dolor del manguito rotador, recuerdo que el concurso del libro leído, que era casi obligatorio, lo cambiamos por: la película mejor contada, escogimos una muy comentada entonces, en los cines de la ciudad, “la vida de

Edith Piaff”, en francés la película se llamaba Le Mom. Y allá nos lanzamos, yo apenas recordaba el francés, pero mis estudiantes memorizaron algunas canciones entre ellas “La vida en rosa”, improvisaron un organillo, buscaron detalles para representar escenas de la vida de Edith y montaron la representación con tal maestría, porque para ellas no había obstáculos.

Todo el colegio quería asistir e hicimos varias presentaciones porque en el auditorio apenas cabían cincuenta; el escenario de estos sucesos era mi colegio fiscal, aquel que albergaba a la clase empobrecida aunque no miserable, estas jóvenes aún soñaban con un futuro mejor, con cargos públicos que a largo de los años adormecen, empleo seguro que alivia la economía, pero en el que se deja la vida, días amarillos y grises, triste monotonía, en la que no encuentras los bienes del alma como dice Platón.

Cambiar tu sociedad y el mundo con estos incipientes elementos es titánico. Dejar que el tiempo pase y vivir las etapas de niñez, juventud, madurez y senectud es el objetivo, sin mayores contratiempos, acomodados, irreflexivos, porque es mejor no pensar.

Ahora diría que ayudé a las alumnas de aquel tiempo a desarrollar la “mentalidad internacional”, la curiosidad, “la mente abierta”. Cualidades maravillosas del perfil de Bachillerato Internacional que nos empeñamos en que lo cumplan los estudiantes, sin que sea obligatorio en algunos maestros que siguen practicando sus viejas miserias de racismo, falta de empatía y desamor. Repetimos que la educación es la salvación de los pueblos, y así es, siempre que no venga cargada de más estigmas para el que menos tiene.

Creo que ellas y yo aprendimos que los romances tan esperados no siempre tienen el añorado final feliz. Que aquellos de telenovela son de muy corta duración y para rematar lo dicho acudíamos a “la vida es dura, amarga y pesa, ya no hay princesa a quien cantar”.

Como mis estudiantes eran tan felices con las lecturas que les proponía, las organicé por temas, con los respectivos comentarios y ejercicios, un librito del gusto de las adolescentes, poco nos duró esta forma divertida de aprender, una orden superior eliminó las iniciativas e impuso un listado de temas y autores que no coincidían con el gusto juvenil.

Escribir planificaciones, informes, registros y cientos de documentos para ejercer la docencia, acabó con la imaginación y la creatividad, la lectura se convirtió en el manjar de los dioses, inalcanzable. Y ya se sabe, “el pueblo que no lee, cree todo lo que le dicen”.

Hay otros programas que rescatan lo bueno de la enseñanza, pero no son para todos. El pueblo es el pedestal de los más afortunados, y para los de abajo aún no se observa que la educación sea un progreso.

La pandemia fue la espada de Damocles en los barrios pobres, los niños sin internet, teléfonos, tablets y computadores retrasaron o abandonaron su formación, tres años de abismal diferencia entre los letrados e iletrados, excluidos de la educación y el trabajo, prometeos que no lograrán escapar de su destino de vidas breves y violentas.

No puedo negar mi dicha al contemplar a los alumnos de antaño que se destacan en la vida pública, a algunas escritoras que triunfan en el difícil arte de las letras, a médicos, diplomáticos, profesores. Otros empequeñecieron mi corazón cuando me contaron su incansable búsqueda de trabajo, que desatino. La carrera que escogieron ni colma sus anhelos, ni garantizan su dignidad material.

Y ahora sí sé dónde, cómo y cuándo se agravaron mis males, esto es evidente, pero las molestias ceden a las inolvidables memorias.

LA MANIFESTACIÓN

Dorys Rueda



A los 19 años, comencé a trabajar en una fábrica grande de materiales de construcción. Con tres años de experiencia como secretaria, me sentía, quizás de manera algo ingenua, como toda una experta. Lo que más me emocionaba era la posibilidad de comprar todos esos libros que tanto deseaba leer. Ya no tenía que esperar a que alguien me los prestara ni a encontrar alguno en la biblioteca; no, no. Ahora podía darme el lujo de llenar mi estantería con los títulos que siempre había querido, ¡y todo gracias a mi sueldo!

El transporte de la empresa me recogía puntual a las cinco y media de la mañana. El norte de la ciudad, donde vivía, estaba ocupado por el Quito moderno, una mezcla de grandes estructuras urbanas, edificios comerciales y avenidas que respiraban el dinamismo de la ciudad. Veía el despertar de la urbe y cómo las primeras luces del día

iluminaban las casas y edificios. A medida que el autobús avanzaba y cruzábamos hacia el centro de Quito, la ciudad adquiría un carácter distinto. El Quito antiguo, con su legado colonial, me envolvía con sus calles empedradas, iglesias centenarias y plazas llenas de historia. El contraste entre la modernidad del norte y la tradición del centro siempre me dejaba una sensación de asombro, como si el tiempo mismo estuviera haciendo malabares entre el pasado y el presente. Las primeras luces del sol daban un toque dorado a la arquitectura colonial y a las montañas que rodeaban la ciudad, la hacían lucir aún más majestuosa.

Ahora, nos adentrábamos a la parte sur, donde la ciudad se transformaba una vez más. Allí, las grandes fábricas y el bullicio industrial daban paso a una atmósfera más ruidosa y vibrante, con camiones de carga y trabajadores dirigiéndose a las plantas. Era en esta zona donde se encontraba la fábrica a la que me dirigía, un viaje que me parecía larguísimo a esa hora de la mañana. Trataba de dormir en los primeros minutos del recorrido, buscando refugio en el sueño para acortar la distancia, pero no lo lograba. El traqueteo del autobús sobre las calles empedradas y los ruidos de la ciudad despertándose, me mantenían en vilo.

A las seis y media de la mañana ya estaba en mi oficina, que se encontraba justo al lado de la del gerente, un suizo de unos 50 años que siempre parecía tener una energía inagotable. Mientras me acomodaba y comenzaba a organizar mis tareas, la señora del personal dejaba el desayuno, marcando el inicio de la jornada. Durante las primeras horas, el ambiente de la oficina era tranquilo y silencioso, interrumpido solo por el constante teclear de mi máquina de escribir o los suaves murmullos provenientes del teléfono del gerente, quien estaba siempre en medio de alguna conversación de negocios.

A la hora del almuerzo, me dirigía a una sala pequeña destinada para mí. Era la única mujer en la empresa, por lo que no compartía el comedor con el grueso de los empleados, que eran varones. Ellos se dirigían al comedor común, mientras yo, en mi pequeño refugio, aprovechaba el momento para descansar y desconectarme por un momento de las tareas.

A las cuatro de la tarde, iniciaba mi trayecto de regreso. A esa hora, asistía al Junior College, un instituto especializado en secretariado y administración. El tráfico, como siempre, era pesado. A veces parecía que el autobús se había fusionado con el caos de la ciudad, convirtiéndose en una extensión del atolladero: semáforos interminables, conductores ansiosos que parecían tener más prisa que nosotros y el ritmo de la ciudad que, en lugar de acelerar, parecía ralentizarse a cada kilómetro. En esos momentos, me encontraba pensando si, en lugar de seguir a toda prisa hacia el instituto, no estaría mejor en casa, disfrutando de una taza de café y un buen libro.

Un día, alguien golpeó la puerta de mi pequeña sala-comedor en la empresa. Era uno de los trabajadores de la planta, un joven de unos 25 años, con una sonrisa tan amplia que pensé que venía a venderme algún producto. Se presentó y antes de que pudiera decir nada, me extendió una invitación: se acercaba el Día del Trabajador y todos en la planta se alistaban para salir en una marcha en el centro de Quito. "Esperamos que te unas, porque también eres parte de los empleados de la fábrica", me dijo, como si fuera algo obligatorio y formal, pero de una manera tan cordial que no pude rechazarlo. Acepté, con una mezcla de curiosidad y una pizca de nerviosismo, con más dudas que certezas.

El día llegó, era un sábado y con prisa me dirigí al centro de Quito. Al llegar, vi al grupo de empleados de la fábrica reunidos, listos para comenzar la marcha. Me acerqué, saludé y me integré al conjunto, tratando de encajar como una más. Todo parecía tranquilo al principio, con los trabajadores conversando entre ellos y algunos levantando sus puños al aire con entusiasmo. Pero, ni bien comenzó el recorrido, la atmósfera cambió drásticamente. Un sonido estruendoso me hizo saltar del susto: ¡bombas lacrimógenas! La policía había comenzado a dispersar la multitud y el aire se llenó de un olor fuerte y picante.

En ese momento, uno de los trabajadores, que parecía tener mucha más experiencia en el manejo de estas situaciones, me miró con cara de preocupación y me dijo rápidamente: "¡Por aquí, señorita!" Y, sin darme tiempo a reaccionar, me agarró del brazo y me condujo hacia un callejón cercano. En un parpadeo, me vi apartada de la multitud, respirando con dificultad y, un tanto atónita, pensando en lo rápido que todo había cambiado. Así terminó mi experiencia como "protestante" en ese día. Aunque mi

participación en la marcha fue más breve de lo que esperaba, la lección que me quedó no fue tanto sobre política o derechos laborales, sino sobre la velocidad con la que la realidad puede transformarse.

Después de aquel incidente, volví a mi casa, me dejé caer en el sofá, respiré profundo y decidí que, tal vez, el activismo no era lo mío, al menos no de esa manera. El lunes, a mi regreso a la oficina, el gerente me estaba esperando con una expresión que no sabía si era de preocupación, de desconcierto o de ira. Me hizo un gesto para que me sentara y, antes de que pudiera decir algo, comenzó a darme un discurso de padre preocupado. "Dorys", comenzó con tono serio, "me dijeron que estuviste en la marcha el sábado". Yo, sorprendida y un poco nerviosa, traté de explicarle que simplemente había decidido unirme por curiosidad, pero no me dejó interrumpir.

"Me enteré de que la policía lanzó bombas lacrimógenas", continuó, como si estuviera narrando una historia de terror. "Y, por lo que entiendo, te metiste en medio del caos. ¿Estás segura de que todo está bien? No quiero que te pongas en situaciones peligrosas", añadió. Yo solo pensaba: ¡Madre mía! ¡Si supiera que no fue tanto así! Pero, por supuesto, lo último que quería era dar la impresión de que me había convertido en una activista radical a medio tiempo, así que preferí guardar silencio y escuchar atentamente, asintiendo mientras pensaba en lo que realmente había sucedido.

Al final de su perorata, el gerente esbozó una sonrisa y comentó: "No me imagino a una joven como tú, con casco, en medio del desfile, esquivando bombas lacrimógenas". Luego agregó: "No quiero verte otra vez en medio de una manifestación sin saber cómo salir de allí". Yo asentí con una sonrisa y cambié el tema rápidamente.

Nadie más en la oficina me preguntó sobre lo ocurrido y todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, esa experiencia me dejó algo claro: a veces, las decisiones impulsivas nos llevan a lugares que no esperábamos y las expectativas que tenemos sobre una situación a veces no coinciden con la realidad.

MARGARITA

Nancy Carrillo



Se llamaba Margarita y era tan dulce y bonita como la que describe Rubén Darío en su cuento para Margarita Debayle, esa niña hermosa que todo lo tenía, pero mimada y caprichosa quería una estrella para adornar un prendedor, como no la complacían se marchó a buscarla sin pensar en lo que vendría después; solo quería esa luz luminosa que pensó le haría feliz.

Mi Margarita igualmente buscaba lo imposible en el grupo de mis amigos, entonces estudiantes, jóvenes de buen ver y de familias notables, todos perdidamente enamorados de su belleza, de su porte elegante, de sus finas maneras, de su andar distinguido, la veíamos pasar esperando una sonrisa, pero ella flotaba en una nube de superioridad que nos hacía sentir que no éramos dignos de pretenderla, ninguno alcanzaba el brillo del lucero que ella buscaba.

Pasaban los días y de pronto se dignó mirarme y sonreírme, era una evidente elección, finalmente tenía un escogido, los amigos entre risas, codazos e insinuaciones me dijeron ahí está, eres el afortunado, te ha parado bola, como se decía en el argot juvenil de aquellos años. Eso creí y desde aquel día le puse más empeño a mi vestido, a mi andar y a soñar con ella noche y día, en la calidez de su piel, en sus labios rojos, en qué le diré, a dónde le invitaré, qué regalo será el adecuado para esta princesa.

Acostumbrados a verle caminar por nuestras veredas, un día desapareció como por arte de magia. Todos notamos su ausencia, comentamos y extrañamos sus pasos apresurados y provocativos. Creo que hasta lloré, al no verla más, pasé de la ilusión de una mirada con supuestos mensajes, al desencanto de haberla perdido para siempre. Me invadió una sombría y fría nostalgia, y mis ojos fatigados se cansaron de buscarla. Muchas veces me repetí: ¿es digno sufrir por alguien de quien casi nada conozco?, sufrir por unos ojos ingratos, por una voz que nunca escuché. Tardé en recuperarme y dejé de acudir a la esquina y el bar en donde nos reuníamos con los amigos. Ya no tenían importancia, se convirtieron en sitios de encuentros y desencuentros impredecibles.

Decidí entregarme, por entero, a mis estudios, a la lectura que es mi pasatiempo favorito. A dejar de compararla con todas las hermosas artistas del momento, a borrarla de mi vida porque su paso fue fugaz, a soñar con una mirada a la que yo atribuía miles de mensajes, a cambiar mi vida porque sumergirme en lo que pudo haber sido y no fue, me desgastaba física y emocionalmente, me había enamorado de una sombra y todas las bondades de su corazón eran producto de mi ensoñación. No podía seguir seducido por un ser creado en mis desvaríos.

Pasaron algunos años y me enteré de que se casó con uno de mis compañeros, tal vez el más seductor, el que le pintó un mundo diferente, el que podía brillar en su predecesor. Mi mente y mi corazón ya se habían tranquilizado, pero aún la extrañaba. En mis largas noches culpaba a mi timidez que no me permitió responder al mensaje subliminal de su mirada y me dejé arrebatar a la reina de mis sueños juveniles.

Un día, alguien me contó que Margarita vivía en el extranjero, no quise investigar si sola o acompañada, si era feliz o no, corría el riesgo de resucitar este romance producto de mi mente casi enfermiza.

Empecé a trabajar en mi tesis de grado, me faltaba muy poco para graduarme como médico especialista, repentinamente recibí una apasionada carta que me hablaba de ese sentimiento que también floreció en su corazón, a esa le siguieron otras, cada vez más ardientes, saturadas de frases amorosas, de fogosas palabras que había querido transmitirme en esa única mirada, de planes futuros para un apasionado romance.

Volví a tambalearme en la cuerda de mis sentimientos y me prometí que en esta vez las miradas se harían palabras y que finalmente podría disfrutar de esa pasión desbordada que decía en sus cartas.

Me contó el día que volvía al país, la hora y el lugar en donde podíamos encontrarnos, anhelante empecé a soñar con el momento, y llegó, la vi un tanto deslucida y apagada, se acercó, me dio un ligero beso en los labios y presurosa caminó entre la gente para desaparecer una vez más.

Desconcertado, no supe si buscarla o dejar que el instante esperado se convirtiera en inolvidable desconcierto, no tuve tiempo de reflexionar y volví a mi carro con más preguntas que explicaciones.

Dejé nuevamente que los años acabaran con este enigmático apego. Me casé con una mujer valiosa a quien quiero mucho y que me ofrece la frescura del mensaje cierto y directo, con ella no hay insinuaciones ni mensajes sugestivos.

Un día al mirar la lista de pacientes que debía atender vi el nombre de este amor oculto en las sombras del recuerdo, pensé tal vez un homónimo, pero no, era ella, los años se han ensañado en ese rostro en otro tiempo hermoso, ya no es la princesa que me deslumbró, con frío profesionalismo le pregunté que le pasaba, me habló de un dolor que no logró explicar en dónde.

Le di alguna medicación y le pedí que si el dolor continuaba visitara a un compañero que tenía igual especialidad porque yo salía del país.

Pensé que tal vez era un pretexto para iniciar una relación que nunca se dio, pero no le di la oportunidad y preferí sepultar ese atisbo de emoción y curiosidad que de todos modos despertó en mí. Y para mis adentros, me dije, recibió el castigo por buscar un enorme brillante para lucir en su prendedor.

LAS CARTAS

Dorys Rueda



Había algo mágico en la forma en que mi amiga manejaba los naipes. No se trataba de trucos de prestidigitación ni de asombrosas acrobacias con cartas al estilo de un mago de Las Vegas. Era algo mucho más excéntrico: ella afirmaba tener el poder de prever el futuro a través de la baraja que siempre llevaba en su cartera.

En el caótico mundo de la oficina, éramos todas mujeres y desde que mi amiga empezó a leernos las cartas, a nadie le interesaba qué habría de almuerzo al mediodía. Eso era una nimiedad, lo importante era descubrir qué nos depararía el destino.

Como polillas atraídas por la llama de una vela, nos agrupábamos a su alrededor. Ella iniciaba su ritual de lectura y su rostro se volvía un mapa detallado de emociones y ya no era la misma. Sus cejas se arqueaban como signo de concentración sobrenatural y entrecerraba los ojos para visualizar, me imagino, el futuro lejano que solo ella conocía. De vez en cuando murmuraba ciertas palabras que nadie entendía mientras barajaba las cartas. Era, sin lugar a duda, la sacerdotisa de la oficina.

Nosotras, las espectadoras cautivas de este espectáculo místico, pasábamos de la curiosidad a la fascinación en cuestión de segundos. Pero yo, un poco más escéptica, cada vez que mi amiga desplegaba sus naipes como páginas de un libro sagrado, estaba más convencida de que sus predicciones eran producto de su imaginación más que de un don divino. Pocas nos tomábamos estos encuentros con humor, mientras que aquellas que sufrían de "mal de amores", se sumían en una mezcla de esperanza y ansiedad.

Con el tiempo, estas sesiones de adivinación dejaron de ser una novedad para mí y me resultaban insufribles. Ya nadie salía a comer. Entonces pensé en algún plan para desacreditar la cartomancia de mi amiga con una lectura falsa. Decidí hablar con ella para que dejara a un lado sus habilidades de prestidigitadora. Si ella desistía, también lo harían el resto de las compañeras.

Le dije que yo sabía leer las cartas y que podía ir el fin de semana a su casa para adivinarle el futuro. El rostro de mi amiga se iluminó y se puso inmensamente feliz. Me rogó que la atendiera ese mismo día, a la hora del almuerzo. Le respondí que el lugar de trabajo no era el mejor ambiente, porque había distracciones y eso podía afectar a la lectura. Necesitaba un lugar donde no hubiera estrés y preocupación, donde circulara la energía positiva. Me comprometí en ir y me despedí reiterándole lo acertada que era con la baraja. Sin embargo, una sombra de duda se asomó. ¿Y si mi amiga descubría mi farsa? Ante esta idea, empecé a investigar sobre el tema para no quedar tan mal. Por ejemplo,

qué tipo de cartas se usaban (inglesas, española, francesas, el tarot), cómo se barajaban y cómo era el ritual de la lectura.

Cuando llegué a la casa de mi amiga, le pedí que me prestara su baraja, porque había olvidado la mía. Empecé la sesión mezclando las cartas durante siete veces, porque así había leído que debía hacerse. Luego, puse las cartas boca abajo y le dije: “Si quieres una buena lectura, debes ahora tú barajar los naipes”. Empecé con el pasado, luego fui al presente y terminé con el futuro. Todas las predicciones fueron fruto de mi imaginación, en base a generalizaciones: “Has sufrido mucho”, “tienes un admirador secreto”, “vas a tener una sorpresa muy pronto”, “encontrarás el amor en el lugar menos pensado”, “conseguirás un trabajo mejor”.

Cuando terminé la lectura, mi amiga estaba muy contenta y yo pensé que era el momento más adecuado para revelarle el plan que había urdido, por qué lo hice y qué buscaba como lectora de naipes improvisada. Justo en ese momento el padre de mi amiga hizo su entrada triunfal al lugar de la sesión. Se sentó junto a nosotras y me pidió que le leyera la baraja y aunque me excusé, no hubo manera de negarme.

Sorprendida y aterrorizada, empecé a mezclar la baraja. No tenía la menor idea de cómo saldría de semejante situación. Mi pulso se aceleró y empecé a sofocarme, temía que descubriera mi farsa cartomántica. Respiré hondamente y empecé el ritual con el nuevo “cliente”. Mientras barajaba las cartas, miré de reojo al caballero. Tenía toda la pinta de mujeriego, de don Juan. Entonces por allí me fui. Le leí el pasado con un toque de drama shakesperiano, haciendo referencia a sus amores secretos y a sus desventuras románticas, mientras él asentía con una mirada entretenida. Cuando inicié con el presente, le solté la perla: había otra mujer en su vida, pero ese romance no iba a terminar bien, por lo que debía reconquistar a su esposa para asegurar la felicidad matrimonial. Sus ojos centellearon y soltó una risa contagiosa que resonó en la habitación. Me dijo: “Veo que usted tiene habilidad con la baraja”.

TAICHÍ

Nancy Carrillo



La muerte de Alain Delon me obligó a un viaje de vuelta a mi adolescencia y a los años de sentimientos castos e inexplicables, mis amigas y yo, que en la actualidad no queremos que el tiempo gane nuestras batallas, vivimos sus películas y nos enamoramos de su mirada seductora, sus palabras suaves y acariciadoras, queríamos hablar el francés y viajar a París. Empezábamos ese mundo de inocente ensoñación cuando el amor es el sentimiento noble e infinito que no sabe de avatares y tristezas. Todas queríamos un Alain en nuestras vidas y habíamos hecho de su nombre un adjetivo. Cuando encontrábamos un galán bien parecido, nos referíamos a él como a un Alain.

El tiempo no detuvo la vejez, Alan siguió conservando hasta su muerte su irresistible encanto, nosotras, en cambio, hacemos todo lo que nos sugieren para envejecer con dignidad y decoro, la vejez no viene sola y hay que mitigar las presencias indeseables,

típicas del deterioro cognitivo o físico y acudimos a conocimientos ancestrales que apenas conocíamos.

El TAICHÍ y el YOGA, que eran casi desconocidos, hoy están en la agenda de los de adultos mayores, de los que ahora disfrutan de ciertas comodidades, después de una juventud esforzada, valiente, entregada al trabajo y a la familia.

Dejo a los expertos la explicación científica de por qué estas modalidades de gimnasia, producto de saberes ancestrales de las culturas orientales, son beneficiosas para alcanzar una vejez digna y saludable. Paso a contar mi experiencia personal en el TAICHÍ.

Empecé cuando leí un anuncio en el mural de mi edificio en el que se informaba sobre clases de este arte marcial en un lugar muy cercano a mi domicilio.

Las primeras sesiones fueron de suaves movimientos y respiraciones acompañadas, previamente dos amigas y yo tuvimos que ponernos de acuerdo con nuestra derecha e izquierda, sabemos en dónde están, pero coordinar pierna izquierda brazo derecho y viceversa acompañados de inhalación, exhalación, exige concentración, manos, pies y respiración trabajando juntos es uno de los beneficios inigualables del TAICHÍ, cuando finalmente lo consigues y te mueves rítmicamente, sientes que el cuerpo va y viene como una pluma llevada por el viento.

En mi caso siento como los ejercicios de respiración acaparan mi mente, me tranquilizan y permiten instantes para enviar a mi cerebro órdenes como: estoy armonizada, todo mi cuerpo funciona bien, solo tengo pensamientos positivos, esto es fabuloso, si tenemos en cuenta que cuando empezamos a envejecer hay añoranzas y sensaciones de nostalgia de las que es necesario salir y vivir el presente.

Los pasos que se dan en el TAICHÍ son elegantes y armoniosos, sacas el pie derecho con suavidad, giras el cuerpo, los brazos acompañan el movimiento, recoges el pie con solemnidad para sacar el izquierdo y hacer el mismo movimiento y así, todo muy relajado y suave, la función principal es llevar energía renovada a todas las partes de tu cuerpo. Debes sentir la energía que sube y baja y que se irradia como una luz blanca que ingresa a través del cerebro.

Aún soy una principiante en esta actividad, espero con el tiempo contarles otras experiencias en las que siento la ayuda de la práctica del TAICHÍ.

También ingresé al yoga, un poquito más fuerte, con movimientos que exigen concentración, control de la respiración y armonía en los movimientos, lo más hermoso fue realizar ejercicios de cambios de postura, de estiramiento, confirmar que puedo hacerlo me causó profunda satisfacción, después de un período de vértigos y mareos que me impedían girar y caminar sin miedos.

También ampliamos el círculo de amigas y cultivamos las relaciones sociales a través del juego, así todas las hormonas de la felicidad están presentes.

Los datos sobre la población ecuatoriana no son muy halagadores, la población activa disminuye mientras la de adultos mayores crece, de tal manera que si ahora somos 1476.589, para el año cincuenta esta cifra se habrá triplicado, puesto que la esperanza de vida es mayor. Por lo tanto, tener una población que se va poniendo vieja, pero, no envejecida y llene de achaques, será beneficiosa para las familias y para el país.

Algún momento dejaremos de vivir, ojalá sea en santa paz y calma, como dicen que murió Alan, nuestro eterno ídolo. Hasta tanto, aprendemos a no dejar que se escapen nuestras habilidades físicas y mentales, a vivir en soledad y a amarnos los unos a los otros, como lo dice el Evangelio.

LA FUENTE DE LOS DESEOS

Dorys Rueda



En 2001, recibí una invitación para visitar las instalaciones del Bachillerato Internacional en Cardiff, Reino Unido. Tres de mis amigas profesoras que rondaban los 30 años y sin pareja en ese momento, me pidieron un favor que, digamos, se salía un poco de lo común. No, no era un encargo intelectual como “trae una foto de las instalaciones del Bachillerato Internacional” ni algo relacionado con el sistema educativo británico. No, lo que me pidieron fue algo mucho más práctico y, por decirlo de alguna manera, con un toque místico: si iba a Londres, ¡Lanzaría una moneda a la fuente de agua en Covent Garden! con la esperanza de que ellas encontrarán una pareja. Porque, ¿quién no confiaría sus deseos a una fuente, aunque no tuviera la misma fama que la Fontana di Trevi en Roma? Después de todo, el agua era la misma, ¿no? Tal vez menos conocida, pero al fin y al cabo, el agua es agua, pensaba yo.

Como si el destino estuviera jugando conmigo, mis amigas ya tenían un plan B en caso de que Covent Garden no resultara tan accesible como esperábamos. Si la fuente ornamental de Londres no estaba cerca o si el tráfico londinense decidía desafiarme, debía dirigirme a Hyde Park, el parque real más grande del centro de Londres. Un lugar donde, además de perderme entre los árboles y el paisaje, encontraría dos lagos con el mismo propósito: lanzar una moneda y pedir un deseo. Mi mente, entre la incredulidad y el asombro, no dejaba de preguntarse si Londres albergaba una red secreta de "fuentes místicas", como parte de algún tour espiritual no oficial. Lo más curioso de todo era que las monedas que debía lanzar no serían libras, sino los viejos sucres que mis amigas me dieron, esos que ya no tenían valor en el mercado debido a la dolarización en Ecuador, pero que en mi bolso se sentían más como amuletos de esperanza. Con esos sucres, lanzaría los deseos de mis tres amigas, confiando en que la magia del agua hiciera su trabajo.

Luego de visitar las instalaciones del Bachillerato Internacional y pasar unos días en Cardiff, regresé a Londres por la mañana. Lo primero que hice no fue visitar el Museo Británico ni la Torre de Londres, con su historia de reyes, reinas y hasta fantasmas o el famoso London Eye, esa rueda gigante que permite ver la ciudad desde las alturas. No, lo que realmente ocupaba mi mente era cumplir con la misión que mis amigas me habían encargado. Me dirigí a Covent Garden que no quedaba muy lejos de donde me hospedaba.

Cuando llegué, me encontré con lo que ya imaginaba: turistas por todas partes. La atmósfera era tan típicamente londinense que hasta el aire parecía estar impregnado de souvenirs y de cámaras de fotos apuntando sin cesar hacia los artistas callejeros, que ofrecían su talento como si fueran una atracción turística más. En medio de la multitud, mientras me dirigía a la fuente ornamental, un hombre que bien podría ser mi padre, o tal vez un poco mayor, se acercó con una energía que no esperaba.

Era de nacionalidad india y en un inglés impecable, me ofreció su ayuda, asegurando que podía servirme de guía dentro del parque, ya que él solía ir todos los días a distraerse allí. Según me explicó, Covent Garden era su lugar de escape, un rincón en el que encontraba tranquilidad en medio del ajetreo de la ciudad.

A medida que nos acercábamos a la fuente, el hombre observó cómo los turistas lanzaban monedas al agua y comentó: "Mire cómo la gente viene a confiar sus deseos al agua. Es curioso cómo, a pesar de la multitud y el bullicio, todos se toman un momento para realizar este pequeño ritual". Luego, se inclinó hacia la fuente y añadió: "Las monedas que se lanzan aquí no son solo monedas. Para muchos, representan algo mucho más profundo que un simple gesto. Cada una lleva consigo una historia, un sueño, una petición personal que se va con ella hasta el fondo".

Me explicó que esta tradición no era exclusiva de Londres, sino que se encontraba en muchos lugares del mundo, como un hilo invisible que conectaba a las personas a través de un acto tan sencillo como lanzar una moneda al agua. Según él, lo más fascinante de este ritual era cómo, en su simplicidad, las personas se sentían profundamente conectadas con el acto, como si el agua fuera un canal misterioso capaz de hacer realidad los deseos más secretos. "Es un gesto simbólico", añadió, con una mirada que podría haber sido de sabiduría ancestral, "de entregar algo material a cambio de algo intangible, como si el agua pudiera devolver algo mucho más valioso".

En ese instante, allí, frente a la fuente, me sentí parte de una tradición que abarcaba generaciones y continentes. Era el momento ideal para cumplir con la tarea que me habían encomendado mis amigas. Saqué las tres monedas de mi bolso y me concentré para alinear mis pensamientos y asegurar que mis deseos llegaran al destino correcto.

Con la solemnidad que cualquier tradición milenaria merece, comencé a lanzar una moneda tras otra, cada una acompañada de un deseo. Pensé en cada una de mis amigas y en su visión única del "amor ideal". En mi mente, susurré: "Que fulanita encuentre a su media naranja", "Que zutanita finalmente encuentre el amor que tanto ansía", "Que menganita se enamore de la persona correcta". Al final, regresé al hotel con una sonrisa plena, segura de que había cumplido la promesa que les había hecho.

Regresé al país. Pasaron los meses, luego los años y curiosamente, ninguna de mis amigas encontró pareja. No dejo de pensar que el destino tiene un sentido del humor un tanto caprichoso. Yo, que había lanzado las monedas por cada una de ellas, pero no había lanzado la mía, fui la única que encontró pareja.

Mi esposo, al escuchar por primera vez esta historia, con su típica lógica de hombre práctico, siempre dispuesto a encontrar una explicación para todo, me miró sonriendo y me dijo: "A ver, si lo piensa bien, como usted lanzó los sucres, tuvo tres oportunidades más que sus amigas. ¡Cada moneda representaba una nueva chance!" Y añadió, con su tono característico: "Además, como esos sucres ya no circulaban en Ecuador, parece que el destino no estaba muy dispuesto a cumplir deseos basados en monedas que ya habían perdido su valor. ¡Solo los deseos lanzados con monedas de curso legal deben haber tenido poder!" Entre risas, entendimos que, a veces, el destino tiene sus propias reglas y, al parecer, una clara preferencia por la moneda corriente.

MI PRIMER EMPLEO

Nancy Carrillo



Tení 24 años y llegaba a mi país, con un honroso título de la Universidad Complutense de Madrid, fueron seis años de ausencia y me encontraba con un lindo título bajo el brazo, con muchas ganas de trabajar para aliviar el sacrificio de mis padres y sin oportunidades para conseguir el añorado empleo.

Mi título de licenciada en Lingüística Hispánica con especialidad en lenguas románicas, sonaba muy bien, pero nadie sabía de qué mismo se trataba y qué campos abarcaba, en las universidades no existía esta carrera y para convalidarlo le bajaron a una licenciatura en letras, especialidad Literatura.

Aunque esta disminución a mi título no me gustó, con el nuevo tampoco se abría puerta alguna.

De pronto pareció que llegaba la oportunidad soñada. Un amigo de la infancia, Alfredito Salas, que cursaba el último año de bachillerato en un colegio particular, masculino, prestigioso y muy conocido en Quito, me contó que necesitaban una profesora de Literatura. La que tenían se marchó sin dar explicaciones. Me pidió presentarme para ocupar esta cátedra; debía hacerlo a la brevedad posible para evitar que otros aspirantes al puesto se adelantaran. Él se había anticipado y fijó un día y hora para presentarme al rector y a sus compañeros.

Llegó el momento, con mi juventud desbordante de alegría e ilusión por el empleo que ya creía mío, acudí a la cita. Cuando pasábamos por los corredores camino a la oficina del rector, los estudiantes salían a la puerta y decían: Salas, presenta, Salas no te hagas el tonto, Salas buen gusto, Salas dónde encontraste esa nena, Salas... Salas... Salas... Salas... y los piropos llovían.

Llegamos a la sala del rector, me recibió muy amable, hizo unas cuantas preguntas respecto a la materia, a mi estadía en Europa, me felicitó por mis conocimientos. Fuimos al aula, los estudiantes ya nos esperaban. Cuando entramos, todos saludaron con mucha cortesía. El rector me presentó y no faltaron las preguntas como: ¿cuántos años tiene?, ¿tiene novio?, ¿está casada?. No faltó el más audaz que dijo: "a mí me gustan las viejitas, le siguió otro valiente y a mí las que usan faldas". Otro se lanzó con: espero que nos enseñe a escribir poemas y cartas de amor para dedicarle alguna. Pensé que el rector diría algo, pero no se pronunció, dio por terminada la presentación y me llevó a su oficina. También él había sonreído con las audaces preguntas y me dijo: "Se da cuenta, no han respetado ni siquiera mi presencia para soltar sus elogios y ocurrencias, qué harán si están solos". Lamento decirle que a lo mejor perdemos a una gran maestra, pero vuelva cuando tenga unos años más. Así se inició y terminó mi primer empleo. Cuando llegué a mi casa y conté lo ocurrido, todos reímos con el disparate y mi padre anunció sabiamente que ya vendrán otras oportunidades.

CUANDO EL AMOR SE CONECTA EN LÍNEA

Dorys Rueda



Hace 24 años, en la bulliciosa sala de profesores de un colegio femenino, tres colegas decidieron que mi vida amorosa necesitaba un impulso. Mientras yo pasaba los fines de semana felizmente en compañía de un buen libro, películas en cable y Beto, mi encantador cocker spaniel, mis amigas maestras pensaban que mi existencia requería algo más emocionante que las tramas de Agatha Christie o las maratones de *Star Wars*.

Así que, armadas con una computadora que hacía mucho ruido y una conexión de internet más lenta que una tortuga, me inscribieron en una página que prometía ser el lugar ideal para conocer amigos. El plan era perfecto: sacarme de mi rutina de sofá,

manta y Beto, y lanzarme al vibrante mundo de las citas en línea. “¿Qué podría salir mal?”, decían con una sonrisa cómplice.

Con gran dedicación, mis colegas crearon mi perfil: buscaban a un hombre de 40 a 45 años, con estudios superiores, sin compromisos y que disfrutara del cine, la pintura, la música y la literatura. La selección de perfiles fue tan exhaustiva que la sala de profesores parecía una audición para escoger al próximo James Bond.

Cada una daba su opinión y la discusión era digna de un comité de selección. "Este tiene buen perfil, pero ¿y esa barba?", comentaba una. "Mira este, parece simpático, pero esos lentes... no sé", decía otra, ajustándose sus propias gafas con aire crítico. "¡Uf, este no es muy alto y se ve demasiado serio! Dorys se aburrirá en la primera cita", sentenciaba la tercera. "Este tiene una sonrisa encantadora, pero su cabello parece de los años 70, ¡qué horror!", agregaba la primera riéndose entre dientes. "¡Oh, miren a este!, parece que nunca ha pisado un gimnasio. Nuestra amiga necesitará a alguien que al menos pueda sacarla a caminar el fin de semana", bromeaba la segunda. "¿Y este? Parece un buen partido, pero esos dientes...", decía con susto la tercera. Finalmente, tras muchas risas y debates, encontraron al candidato ideal. "¡Hemos encontrado al indicado!", exclamaron, satisfechas con su elección.

Al terminar mi jornada, lista para irme a casa, mis compañeras me arrastraron a la sala de profesores. Una de ellas, claramente emocionada, me anunció: "Dorys, tenemos una sorpresa para ti, un buen proyecto". Me explicaron todo sobre la página, el perfil que habían creado y la elección del candidato: "Hemos elegido al mejor. Se llama Héctor y es maestro de matemáticas". No pude evitar levantar una ceja y soltar una carcajada. "¿Así que este es el gran proyecto del que me hablaban? Solo espero, chicas, que este caballero sepa más de literatura que de divisiones, porque si empieza a hablar de fracciones, me declaro loca". Les dije que tenía mis reservas, dado que siempre había detestado las matemáticas. Sin embargo, mis compañeras insistían en que cualquier cosa sería mejor que pasar los fines de semana sola, viendo películas.

El día de la cita a ciegas llegó y, siendo un viernes de enero, tomé un taxi. Mientras me retocaba el cabello y me pintaba ligeramente los labios en el espejo retrovisor, llegué a una cafetería en la Avenida Amazonas y Mariana de Jesús. Entré algo nerviosa y eché un

vistazo a mi alrededor. Todos estaban en pareja o en grupo, excepto un hombre que estaba solo en la barra. Era alto, con una elegancia discreta que se reflejaba en cada detalle de su apariencia. Su abrigo negro, impecable y suelto, le confería un porte distinguido que captaba la atención sin esfuerzo. Sobre la barra, reposaban dos rosas rojas, dispuestas con esmero, como si estuvieran en pausa, esperando el momento perfecto para entrar en escena. La imagen tenía un aire cinematográfico que me hizo sonreír, pero de inmediato un nudo de nervios se apoderó de mí. "Es él", me dije, mientras avanzaba con cautela. Justo en ese instante, el pianista comenzó a tocar una melodía magistral, como si también él formara parte de un guion cuidadosamente orquestado.

Me miró, se levantó y, tras un cálido apretón de manos, me entregó las flores con una sonrisa que desvaneció por completo mis nervios. En ese instante supe que mis fines de semana de películas en cable estaban por cambiar. Nos sentamos y él comenzó a hablar con pasión sobre Bach y música clásica, sin mencionar una sola ecuación, lo cual fue un alivio encantador. Yo le hablé de libros y sueños y la conversación fluyó como un adagio, tranquilo y sin prisas.

Aunque hoy en día los noviazgos largos son casi una rareza, Héctor y yo desafiamos las estadísticas con dos años completos de cenas, cine, conciertos y exposiciones de arte, sin una sola mención de derivadas o integrales. Finalmente, nos casamos y hemos estado juntos por más de dos décadas. Aún disfrutamos del arte, la música y la literatura, y nunca hemos hablado de matemáticas. Ni una sola vez. Si alguna vez surge una conversación sobre ecuaciones, la desvío de inmediato. Así que, si ven a Héctor con un libro de números en la mano, pueden estar seguros de que no estoy cerca. Los cálculos y yo tenemos un acuerdo tácito: ellos se mantienen alejados de mí y yo no intento resolverlos. ¡Y así, todos somos felices!

EN EL AREOPUERTO

Nancy Carrillo



-- ¿Cuál es la finalidad de su viaje?

- Turismo

- ¿Cuánto tiempo permanecerá y en dónde?

-Quince días en un hotel.

-Siga hacia la izquierda y espere en la primera oficina.

- ¿Pasa algo?

- Ya se le informará, por el momento vaya al lugar indicado y espere.

Camino hacia una oficina solitaria, minutos de incertidumbre y temor. ¿Qué pasa, Dios mío? ¿Alguien ha contaminado mi maleta y han encontrado alguna sustancia prohibida? Tengo miedo de los imprevistos, nunca se sabe y a veces los más inocentes nos vemos involucrados en terribles problemas.

Los minutos de espera son enormes, lentos, no caminan, nadie pasa por esta oficina. No me atrevo a mirar si hay cámaras, si existe algún cartel con avisos. Estoy de pie, temblando, pensando en lo peor, he visto tantos programas de TV sobre advertencias en los aeropuertos. Trato de recordar los momentos desde que embarqué hasta cuando llegué a Miami. La cartera siempre estuvo conmigo. ¿Y la maleta?

Dios mío, tú sabes que nunca me atrevería a hacer algo ilegal. De pronto recuerdo que mi mejor amiga me encargó un regalo para su sobrino que estudia en Miami. Nunca le pregunté qué enviaba, tampoco se me ocurrió revisar el paquete, tengo un hueco en el estómago lleno de dudas y temores.

Al fin aparece el mimo empleado que me ordenó esperar.

- Su nombre es: Nancy Guadalupe Carrillo Sánchez y viene de Quito, Ecuador.

-Sí, ¿sucede algo?

- Su pasaporte no está bien, tiene un error y así no puede continuar su viaje.

-Usted debería llamarse Nancy Carrillo, o Guadalupe Sánchez

-Un nombre y un apellido como es la norma.

--Disculpe Señor, en mi país los padres registran a sus hijos con dos o tres nombres más los apellidos del padre, que es de ley, y el de la madre.

- ¿Qué clase de país es este que permite que sus ciudadanos hagan lo que quieren? Tercermundista ya se sabe.

- ¿Y usted utiliza todos esos nombres en todo momento?

-En los documentos oficiales, sí, generalmente me llaman Nancy.

-Puede irse Nancy y procure arreglar su documento de viaje, recuerde un nombre y un apellido.

-Gracias, lo recordaré.

Salgo apresurada con la carga de tensión que poco a poco se aligera.

EL DUENDE DEL HOSPITAL

Dorys Rueda



Los duendes, las brujas, el diablo, el cuco, el guagua auca y las sirenas, entre otros espectros, me son tan familiares, pero no por gusto. Eran los temidos protagonistas de las leyendas que mis padres nos contaban en casa, en Otavalo, durante las sobremesas. Al mediodía, como cualquier familia, hablábamos de los temas clásicos de política y deportes: qué equipo ecuatoriano tenía más posibilidades de ganar el campeonato nacional o qué hacían las autoridades para “manejar” la ciudad y el país. Pero al caer la noche, después de la merienda, las leyendas hacían su aparición, apoderándose por completo de la conversación, como un espectáculo que nos mantenía al borde del asiento.

Mis padres, con sus voces graves y llenas de misterio, nos sumergían en un mundo donde las viudas, los fantasmas, el chuzalongo y el carbunco hacían fila para ganarse nuestra atención. Nosotros, cautivados pero también aterrados, escuchábamos sin poder despegar los ojos de ellos. Al final de cada historia, no podía faltar la moraleja, esa parte que repetían con tal énfasis que nos hacía sentir que estábamos siendo evaluados para un examen. "¿Ven lo que pasa cuando los niños se atreven a salir solos por ahí en la noche?", decía mi madre, levantando el dedo. Y, claro, nosotros asentíamos sin decir una palabra, con el corazón latiendo más rápido que nunca.

Cuando la sobremesa llegaba a su fin, nos íbamos a dormir y nos cubríamos con las cobijas hasta la cabeza, no solo por el frío de Otavalo, sino por el miedo que aún nos rondaba. Temíamos que, justo cuando cerráramos los ojos, la Mariangula, reina de las visitas sorpresa, decidiera hacer su aparición en medio de la oscuridad. Porque, seamos sinceros, en esos momentos, los espectros resultaban mucho más eficaces para asustarnos que cualquier problema real. Si algún ruido extraño nos despertaba, quedábamos paralizados en la cama, con los ojos bien abiertos, esperando que el sonido no fuera nada más que el viento. La cobija se transformaba en nuestra armadura mágica contra cualquier aparecido, pero sabíamos que ni con un abrigo de superhéroe estábamos a salvo de las almas en pena. Y así, como si el tiempo se hubiera detenido, esperábamos a que el sol llegara lo más rápido posible, con la esperanza de que la luz del día nos librara de esos personajes inquietantes que nos dejaban más inseguros que un político en campaña.

Cuando ingresé a la universidad, nunca imaginé que, al finalizar mis estudios, me embarcaría en una carrera como recopiladora de casos, leyendas y mitos del Ecuador. En ese momento, mi única preocupación era aprobar mis exámenes y encontrar el aula correcta, no investigar sobre seres sobrenaturales o personajes mitológicos. Si alguien me hubiera dicho que, años después, estaría estudiando las leyendas que me cautivaban y aterraban de niña, y que esas historias se convertirían en el núcleo de mi carrera, probablemente no lo habría creído.

Sin embargo, aquí estoy, 40 años después, todavía dedicada a mi labor de preservar la tradición oral, conectando relatos de todo el país e investigando a cada personaje con

un enfoque académico. Lo que en su momento parecía solo una fascinación pasajera, ahora es mi vida y mi pasión, y me esfuerzo cada día por asegurarme de que estas historias sigan vivas, transmitiéndose de generación en generación.

Tampoco lo que nunca imaginé es que un día iba a tener un encuentro “real” con los personajes de las leyendas ecuatorianas. Me ocurrió hace poco, un sábado tarde, en que me sedaron para una endoscopia. El plan era que me relajara un poco para evitar cualquier incomodidad durante el procedimiento. Lo que no me advirtieron era que el medicamento era distinto al que me habían administrado en otras ocasiones.

Cuando el examen terminó y comencé a salir de mi letargo, las cosas dieron un giro tan inesperado que ni en mis sueños más raros habría podido anticiparlo. La sala de recuperación de pronto se transformó en un escenario digno de una leyenda. Las enfermeras ya no eran solo enfermeras, ¡eran auténticas hechiceras con bata de laboratorio! Y las doctoras, con una gracia sobrenatural, parecían sirenas surgidas del océano.

En este estado, medio dormida y medio despierta, sentí que algo se movía en la esquina de la habitación. Fijé la vista en ese punto y, de repente, lo vi. ¡Era un duende! Era pequeño y llevaba un gorro y un saco del mismo color. Tenía esa mirada traviesa, como la de un niño que acababa de robarle el dulce al hermano mayor. Allí estaba, frente a mí, como si me estuviera diciendo: "¡Te lo dije, existo! ¡Te lo dije!"

Luego, se metió rápidamente en una diminuta guarida en la pared, como si no quisiera ser descubierto. Yo, con toda la determinación del mundo, trataba de alcanzarlo, pero, por más que me esforzaba, no podía mover ni un dedo. Me sentía como en una película en cámara lenta, intentando correr, pero el cuerpo no me respondía.

La enfermera, al verme un poco desorientada por el efecto de la sedación, me dijo que necesitaba descansar porque el examen acababa de terminar. Mientras trataba de juntar mis pensamientos, que estaban tan dispersos como un rompecabezas con piezas que no encajaban, le respondí con lentitud: "La próxima vez, espero que el duende no se esconda, se presente como corresponde. Si va a aparecer, que lo haga con estilo y con unas galletitas, ¿no?"

La enfermera, sorprendida por mi ocurrencia, me respondió con una sonrisa cómplice: "¡Claro! Que traiga galletas para el café y que no se le ocurra dejarnos fuera de la reunión".

JOAN MANUEL SERRAT

Nancy Carrillo



Debo confesar, utilizando uno de tus versos, que lo que va a continuación es “una pobre historia de amor”. Te conocí cuando tenía 18 años y estudiaba en Madrid. Mi objetivo era estudiar y estudiar para no perder una beca. Me contagié de la juventud de entonces que veían en ti no solo al cantante, sino al rebelde, al que se sentía más cómodo cantando en catalán que en español.

Así pasaron seis años y tus canciones acompañaban mis horas de estudio. Mis angustias de alumna de la Complutense de Madrid. Una de las asignaturas de la carrera que me hizo sufrir todo ese tiempo era el latín, yo solo había escuchado la lengua madre en la iglesia; no así mis compañeros españoles de distintas provincias con muchos años de estudio de esta lengua, lo que les permitía traducir a Tito Livio. Yo empezaba por las declinaciones, también conocían el griego, pero yo me decidí por el árabe que era

desconocido para todos. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Las únicas noticias a las que prestaba atención eran las de tus giras y nuevas canciones!

El tiempo pasó. Mis intensas horas de estudio se vieron recompensadas porque terminé con algunas notas de notable, que ya es mucho decir, para las exigencias de aquel entonces. Volví a mi país y, aunque no era mi especialidad, enseñé literatura en prestigiosos colegios de mi ciudad. El mejor material que encontré para disfrutar de la emoción estética y contagiarla a mis estudiantes fueron tus canciones.

Empecé por alterar la programación del Ministerio de Educación que solicitaba hacerlo por etapas y géneros literarios, y yo decidí hacerlo por temas: el amor, la fidelidad, la venganza. Esta forma de conocer la literatura nos gustaba y nos hacía vibrar de emoción. La vida y la literatura iban de la mano, la primera proporcionando experiencias y la segunda inmortalizándolas. Mis estudiantes y yo, que de alguna forma habíamos sufrido el dolor del abandono, cantábamos Penélope, el ejemplo más grande de la espera y la fidelidad, a voz en cuello y con los ojos llenos de lágrimas.

Machado, Miguel Hernández y García Lorca eran los poetas preferidos. Igualmente, los recitábamos con devoción y cada vez investigábamos detalles sobre sus vidas. No había Lucías en mis cursos, pero nos fascinaban esos versos del amor que nos vuelven buenos: “si alguna vez amé, si algún día después de amar amé, fue por tu amor, Lucía.....”.

Escogíamos canciones para identificarnos. Así las que añoraban su pueblo chico encontraron en “Mi pueblo” versos que hablaban de su pobreza e incierto destino, y aquellas que querían ser amadas, sin importar su estilo, se sintieron felices con “La mujer que yo quiero”.

Y un poema de amor, se llevó el palmarés. Igualmente, arrancaba lágrimas enamoradas este intenso sentimiento añorado o realizado, sin importar el tiempo o la edad en la que aparecía. Era tal nuestra devoción por tus canciones que, cuando mis estudiantes pasaban de un curso a otro, para animarse y como el inicio motivacional para tratar nuevos temas, cantábamos “Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar...”.

“La saeta” elevaba nuestro espíritu religioso durante la Cuaresma. Para vivirlo con más intensidad veíamos esas procesiones españolas, en donde desfilan en altos paladines, iluminados por inmensos cirios, Vírgenes agobiadas y Cristos ensangrentados.

Fueron años maravillosos de cantarle a la vida y al amor. La generación a la que enseñé con este método maduró. A muchas de mis alumnas de aquel entonces las volví a encontrar en los conciertos, dos o tres a los que pude asistir, allí una multitud agradecida por esos momentos de intensa emoción, cantaba entusiasmada todas esas canciones que dejaron huellas en nuestro corazón. No faltaban las lágrimas y los recuerdos porque quien no se estremece con versos como: no hay nada más bello, que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí. Y tu sombra aún se acuesta en mi cama, en la oscuridad entre mi almohada y mi soledad.

Me olvidaba contar que también en mi casa, entre mis hermanos, fuiste famoso. Con mi primer sueldo compré “Mediterráneo”, un disco de 75 revoluciones, la invención de aquellos años. Allí están las canciones de entonces, las que acompañaron nuestros mejores años. Luego mis hermanos incrementaron la discoteca y una de mis hermanas se encargó de que el equipo nunca fallara y hasta hoy en las reuniones familiares cuando el momento de la despedida exige traer a la memoria las canciones de la juventud que se aleja, escuchamos a los Olimareños y a Serrat para finalizar la jornada con un toque de agradecimiento al pasado.

El año 22 fue el concierto de despedida. Los hermanos no podíamos faltar y allí estuvimos cantando y acariciando recuerdos. Los años se dejaban ver en ti y en nosotros, los fans de toda una vida. No por ello dejaste de cantar todo lo que la gente pidió y nuevas canciones de tu inmenso repertorio.

Gracias, Joan Manuel, porque un día fuiste mi mejor material didáctico, por ponerle palabra y color a cada uno de mis sentimientos, porque aún me estremecen esos versos de antaño, por cantarle a la vida, “a las pequeñas cosas, que nos dejó un tiempo de rosas”.

RESEÑA DE LAS AUTORAS

DORYS RUEDA



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana con una licenciatura en Letras y Castellano, y dos maestrías: una en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y otra en Literatura Infantil y Juvenil. Además, posee una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en currículum.

Es fundadora y directora del sitio web El Mundo de la Reflexión, creado en 2013 para fomentar la lectura y la escritura, divulgar la narratología oral del Ecuador y recolectar reflexiones de estudiantes y docentes sobre diversos temas.

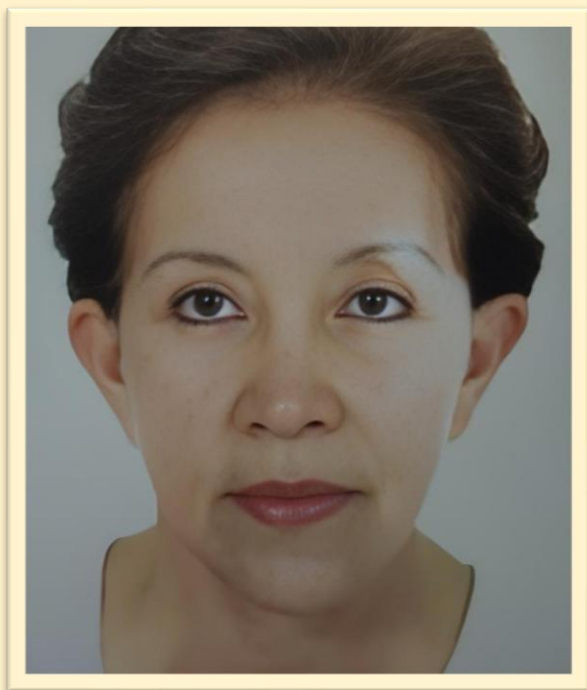
Entre sus publicaciones destacan los libros Lengua 1 Bachillerato (2009), Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo (2021), Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo (2021), 11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-Inglés (2022), Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador (2023), y 12 Voces Femeninas de Otavalo (2024).

Desde 2020, ha reunido a autores ecuatorianos para que la acompañen en la creación de libros, dando origen a textos culturales colaborativos en los que la autora comparte su visión con otros escritores. Entre estas obras se encuentran: Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo (tomo 1, 2022; tomo 2, 2024; tomo 3, 2024), Leyendas y Versos de Otavalo (2024) y Rincones de Otavalo, leyendas y poemas (2024).

A lo largo de su carrera, ha sido reconocida por su contribución al ámbito cultural, literario y educativo. En 2021, el Municipio de Otavalo le otorgó un reconocimiento por su aporte al desarrollo cultural y en 2024 fue una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas por su trayectoria. Además, ha recibido la medalla al "Mérito Cultural" de la

Cámara de Comercio de Otavalo y una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" por su legado en la literatura y la docencia.

NANCY CARRILLO



Es licenciada en Lingüística Hispánica (Universidad Complutense de Madrid), Doctora en Administración Educativa (Pontificia Universidad Católica del Ecuador), Magister en Estudios de la cultura con especialidad en Literatura Hispanoamericana (Universidad Andina Simón Bolívar) y ha cursado estudios de Comunicación en el Instituto

ILCE, México.

Desempeñó funciones de rectora y vicerrectora, directora nacional de Currículum, coordinadora IB del Programa del Diploma en varios colegios de Quito.

Lectora incansable, apasionada por el cine y los viajes.